

UN NUEVO ACTOR PARA UN NUEVO ESCENARIO. LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LA PLEBE URBANA DE BUENOS AIRES EN LA DÉCADA DE LA REVOLUCIÓN (1810-1820)

GABRIEL DI MEGLIO*

Es posible que el período abierto por la Revolución de Mayo haya sido el más estudiado por la historiografía argentina, pero hay aún varios aspectos de esa etapa fascinante y compleja que no han recibido demasiada atención. Este trabajo se centra en uno de ellos: el destacado papel que cumplió la plebe de la ciudad de Buenos Aires en el proceso político iniciado en 1810. Los miembros de la plebe no dirigieron el proceso pero sí fueron actores de su desarrollo y se convirtieron en uno de los elementos inherentes a la política nacida de la Revolución. Lo que se expone en este artículo es una aproximación a la participación de la plebe, una investigación sobre el surgimiento de un nuevo actor, importante para comprender la política de la época.

Hasta el último tercio del siglo XX, la plebe porteña decimonónica no constituyó, prácticamente, un objeto de estudio para la historiografía argentina, aunque sí había ocupado un lugar relevante en sus orígenes. Su actuación ha sido mencionada con frecuencia, pero no analizada, en los escritos de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, los "padres fundadores" de la disciplina. Mitre sostuvo que el "populacho" permitió derrotar a los invasores ingleses y "asegurar con su decisión la preponderancia de los nativos sobre los españoles europeos. Ésta era la gran reserva de la Revolución", mientras que López le otorgó al mismo grupo –que "ofrecía una notable analogía con la plebe romana"– un papel fundamental en las convulsiones políticas de 1815 y 1820.¹ La percepción de la plebe urbana como partícipe del proceso independentista se perdió luego con la profesionalización de la disciplina; la aparición de la

* Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", UBA-CONICET. Agradezco los comentarios a una versión previa de este trabajo, por parte de la Dra. Noemí Goldman, quien además dirigió mi tesis de licenciatura en Historia (UBA) que es base de este artículo, así como las sugerencias de los evaluadores anónimos del Boletín.

¹ B. Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, Buenos Aires, Anaconda, 1950, p. 157; V. F. López, *Historia de la República Argentina*, vol. 8, Buenos Aires, G. Kraft, 1913, p. 103.

llamada Nueva Escuela Histórica, preocupada principalmente por la evolución jurídico-institucional, borró la referencia a los sectores subalternos en general de la historiografía. El Revisionismo, que enfrentó su visión de la historia, no innovó tampoco en esta cuestión, limitándose algunos autores de esa línea a evocar celebratoriamente la aparición del “pueblo” urbano en algún acontecimiento político.² Dentro de esta corriente sólo Eduardo Astesano realizó un no muy profundo análisis de las “clases trabajadoras” dentro de un estudio general de la sociedad porteña en el momento revolucionario.³ A su vez, los historiadores agrupables –vagamente– en la Izquierda no revisionista consideraron muy lateralmente la acción de los sectores subalternos urbanos, tema en el que no pasaron de alguna que otra mención. Sergio Bagú sostuvo que al enfrentamiento entre “el poder imperial y los grupos sociales nativos que buscaban la independencia política” se sumó otro entre “los propietarios y los indios y negros” en el cual no ahondó, mientras que Rodolfo Puiggrós afirmó que “las clases más oprimidas del pueblo anhelaban la emancipación del yugo español”, hipótesis combatida por Milcíades Peña, para quien las “masas” no cumplieron ningún papel en la independencia.⁴

Con el surgimiento de nuevas tendencias en la historiografía, que ganaron fuerza en los años sesenta y fueron llamadas posteriormente la “Renovación”,⁵ elementos de la “historia popular” practicada en otros países ingresaron a los estudios sobre el siglo XIX argentino. En lo referente a la plebe porteña, fue Tulio Halperin Donghi quien destacó al comenzar los setenta la importancia de su acción durante el período revolucionario. Más tarde, los trabajos de Pilar González Bernaldo también resaltaron la participación plebeya, pero en ambos autores se trataba de investigaciones que tenían otro objetivo central.⁶ La historiografía tomó como un dato cierto las afirma-

² Como ejemplo de la Nueva Escuela, véase Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina desde sus orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, Buenos Aires, tomos IV (1940), V (1941) y VI (1948). Entre los revisionistas véanse E. Palacio, *Historia argentina, 1515-1938*, Buenos Aires, Alpe, 1954, y J. M. Rosa, *La historia de nuestro pueblo*, tomo I, Buenos Aires, Ed. Video, 1986. Fuera de la historiografía, José Ramos Mejía fue quien más consideró el tema en su libro *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Tor, 1956.

³ E. Astesano, *Contenido social de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Ed. Problema, 1941.

⁴ S. Bagú, *Estructura social de la colonia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1952, p. 141; R. Puiggrós, *Los caudillos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Ed. Problemas, 1954, p. 240; M. Peña, *Antes de Mayo*, Buenos Aires, Fichas, 1972, p. 93. Por su parte, Jorge Abelardo Ramos se preocupó por destacar el rol del “gauchaje”, sin atender al de la plebe urbana, en *Las masas y las lanzas. 1810-1862*, tomo I de su *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974.

⁵ T. Halperin Donghi, “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”, en: *Desarrollo Económico*, vol. 25, núm. 100, Buenos Aires, 1986.

⁶ T. Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, y *De la Revolución de Independencia a la Confederación Rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985; P. González Bernaldo, “Producción de una nueva legitimidad: ejército y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813”, en: AAVV, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, GEL, 1990; también, “La Revolución Francesa y la emergencia

ciones del relevante rol de la plebe urbana en el proceso independentista rioplatense, pero no se generaron nuevas producciones sobre ese punto.⁷

En el ámbito latinoamericano, la cuestión de los sectores subalternos urbanos en las independencias tampoco había despertado demasiada curiosidad entre los historiadores, pero en los años noventa aparecieron diferentes trabajos que modificaron esa tendencia. Mientras miradas globales, como las de Tulio Halperin Donghi y Brian Hamnett, han enfatizado la participación popular en el proceso independentista, una serie de libros y artículos recientes que analizan la vida política de distintas ciudades en la primera mitad del siglo XIX –México, Arequipa, Cuzco, La Paz, Bogotá, Santiago de Chile, algunas ciudades brasileñas– han demostrado que los sectores subalternos urbanos fueron actores, y no simples espectadores, en la etapa formativa de los Estados iberoamericanos.⁸ Pese a que algunas de estas investigacio-

de nuevas prácticas de la política: la irrupción de la sociabilidad política en el Río de la Plata revolucionario (1810-1815)", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, núm. 3, 1991.

⁷ Si hay varios trabajos de Ricardo Salvatore sobre la participación plebeya –urbana y sobre todo rural– en el posterior período rosista, por ejemplo "'Expresiones federales': formas políticas del federalismo rosista", en: N. Goldman y R. Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998, y "'El imperio de la ley'. Delito, Estado y sociedad en la era rosista", en: *Delito y Sociedad*, núm. 4/5, Buenos Aires, 1994. Se han realizado varios aportes sobre aspectos sociales de la plebe urbana durante la primera mitad del siglo XIX: el de P. González Bernaldo "Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX", en: F. Devoto y M. Madero (comps.), *Historia de la vida privada en Argentina*, tomo 1, Buenos Aires, Taurus, 1999; sobre la cuestión familiar, pueden hallarse en R. Cicerchia, "Vida familiar y prácticas conyugales. Clases populares en una ciudad colonial, Buenos Aires, 1800-1810", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, núm. 2, Buenos Aires, 1990, y M. Szuchman, *Order, family and community in Buenos Aires, 1810-1860*, Stanford University Press, 1988; acerca de las características de los artesanos porteños coloniales, en L. Johnson "The silversmiths or Buenos Aires: a case study in the failure of corporate social organization", en: *JLAS*, vol. 8 (2), Cambridge, 1976, y "The reorganization of an artisan trade: the bakers of Buenos Aires, 1770-1820", en: *The America*, 1980; sobre las actitudes sociales hacia los pobres, en V. Paura, "El problema de la pobreza en Buenos Aires, 1778-1820", en: *Estudios Sociales*, año IX, núm. 17, Santa Fe, 1999.

⁸ T. Halperin Donghi, *Reforma y disolución de los Imperios Ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985; B. Hamnett, "Process and pattern: a re-examination of the Ibero-American independence movements, 1808-1826", en: *JLAS*, 29: 2, Cambridge University Press. E. van Young ha buscado explicar por qué en México las ciudades fueron "islas en la tormenta" durante la etapa independentista, en contraste con el estallido campesino, en *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza, 1992; la participación política de la plebe de la ciudad de México tras la independencia fue resaltada por R. Warren en "Elections and popular political participation in Mexico, 1808-1836", en V. Peloso y B. Tenenbaum (comps.), *Liberals, politics and power. State Formation in Nineteenth-Century Latin America*, Atenas y Londres, The University of Georgia Press, 1996; S. Chambers [*From Subjects to Citizens. Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru, 1780-1854*, University Park, The Pennsylvania University Press, 1999] y C. Walker [*Smoldering Ashes. Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840*, Durham y Londres, Duke University Press,

nes no se centran en la plebe de cada ciudad sino que tienen también otros objetivos, le han otorgado a aquélla un lugar en la historia de este continente, y a ello también ha contribuido la aparición de una compilación sobre diversas revueltas populares urbanas en la Iberoamérica decimonónica.⁹

En el caso porteño sigue siendo poco lo que se sabe acerca de cómo se dio esa participación política de la plebe, cuáles fueron sus características y qué efectos tuvo en el proceso político. Este trabajo busca echar alguna luz sobre esos interrogantes.

1. LA PLEBE PORTEÑA

La *plebe urbana* de Buenos Aires era en el momento de la ruptura del orden colonial un conjunto social muy heterogéneo, étnica y ocupacionalmente, formado por jornaleros, changadores, vendedores ambulantes —de velas, de plumeros y escobas, de comestibles—, artesanos pobres y aprendices,¹⁰ repartidores de pan, proveedores —lecheros, aguateros—, peones del abasto de la ciudad, lavanderas, costureras, planchadoras, prostitutas, pequeños labradores de las quintas periféricas, pescadores,

1999] han hecho exhaustivos análisis de la política en dos ciudades peruanas antes y después de la Independencia, destacando la participación popular; la ciudad de La Paz es central en el estudio de M. Irurozquí sobre el desarrollo de las elecciones en la historia boliviana [*"A bala, piedra y palo". La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000]; el papel de los artesanos de Bogotá y de Santiago de Chile en la política de mitad del siglo XIX es analizado respectivamente por F. Gutiérrez Sanin [*"La literatura plebeya y el debate alrededor de la propiedad (Nueva Granada, 1849-1854)"*, en: H. Sábato (comp.), *Ciudadanía política y formación de las naciones*, FCE, 1998] y L. A. Romero [*¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997]; J. Murilo de Carvalho describe las vías formales e informales de participación popular en el Brasil decimonónico [*Desenvolvimento de la ciudadanía en Brasil*, México, FCE, 1995]; aunque se ocupa del ámbito rural, también J. Tutino hace énfasis en la acción popular durante la Independencia, mostrando que los cambios introducidos de abajo hacia arriba en los años mexicanos que siguieron a 1810 fueron tan "revolucionarios" como los del período 1910-1940, en su trabajo "The revolution in mexican independence: insurgency and the renegotiation of property, production and patriarchy in the Bajío, 1800-1855" (*HAHR*, núm. 78, p. 3, Duke University Press, 1998).

⁹ S. Arrom y S. Ortoll (comps.), *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910*, Wilmington, Scholarly Resources, 1996.

¹⁰ Los artesanos eran un grupo numeroso en Buenos Aires. Algunos eran verdaderos empresarios que poseían obrajes y esclavos y, si bien no eran parte de la elite, no integraban lo que llamo la plebe. Si embargo, la mayoría de los artesanos era pobre, al igual que los oficiales y aprendices, e incluso muchos eran esclavos [véase L. Johnson, "Artesanos", en: L. Hoberman y S. Socolow (comps.), *Ciudades y Sociedad en Latinoamérica colonial*, Buenos Aires, FCE, 1993]. A estos últimos los considero parte de la plebe porteña, como hacían los contemporáneos (aunque obviamente había grandes diferencias entre ellos y un mendigo, por ejemplo).

“chancheros”, matarifes suburbanos, mozos de pulpería, transportistas, boteros, marineros, mendigos y gente sin ocupación fija. Eran, de acuerdo con las clasificaciones de la época, blancos, negros, pardos, trigueños, algunos indios.¹¹ Todos tenían en común, además de una residencia urbana o suburbana, su situación subalterna en la sociedad, su lejanía de las áreas de decisión política, la mayoría de sus costumbres y ámbitos de sociabilidad, y, habitualmente, su pobreza material. En general no se anteponía a sus nombres el distintivo *don* o *doña*, como se hacía con la elite y los sectores medios. Incluyo en la plebe también a los esclavos, quienes, aunque diferentes en el crucial hecho de no ser libres, compartían estas características.

Para denominar a este variado espectro, la historiografía ha empleado diversas categorías: *sectores populares*, *clase obrera*, *clases populares*, *clase baja*, *capas populares*, *populacho*, *multitud*, *pueblo*, *clases trabajadoras*, *grupos subalternos*, *masas*, *plebe urbana*.¹² Esta última, si bien no carece de problemas, como ocurre con todo intento de clasificación —y toda categoría es un poco arbitraria—, es probablemente la más adecuada. La vaguedad de nociones como *masas*, *capas* o *multitud* es poco útil para un análisis, lo que es extensible a la muy empleada *pueblo*, particularmente confusa dada su polisemia en el lenguaje político hispano de la época (véase *infra*).

¹¹ Todas estas categorías ocupacionales y étnicas fueron extraídas de fuentes judiciales del período. Véase AGN, Sala X, *Sumarios Militares* —en adelante SM—, 32 legajos y Sala IX, Tribunal Criminal. No hay datos de su número en el período abordado, pero se sabe que muchos de sus integrantes habían migrado en el período tardocolonial desde otras regiones de los Virreinos del Río de la Plata y del Perú; véase M. Díaz “Las migraciones internas a la ciudad de Buenos Aires, 1744-1810”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, núms. 16 y 17, 2^{da} semestre de 1997 y 1^{er} de 1998.

¹² *Sectores populares* fue empleado por, entre otros, Halperin Donghi [*Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1982] y R. Salvatore [“Consolidación del régimen rosista (1835-1852)”, en: N. Goldman (comp.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, tomo III de la *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998]; *clase obrera*, por L. Johnson [“La historia de precios de Buenos Aires durante el período virreinal”, en: L. Johnson y E. Tandeter, *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*, Buenos Aires, FCE, 1992]; *clases populares*, por R. Cicerchia, [“Vida familiar y prácticas conyugales...”]; *clase baja*, por G. Haslip Viera [“La clase baja”, en: L. Hoberman y S. Socolow, *Ciudades y sociedad...*, Buenos Aires, FCE, 1993]; *capas populares*, por J. C. Chiaramonte [“La etapa ilustrada”, en: C. Assadourian, G. Beato y J. C. Chiaramonte, *Argentina: de la Conquista a la Independencia*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986]; *plebe urbana*, por el mismo Halperin Donghi [*Revolución y Guerra...*] y por C. Mayo, S. Mallo y O. Barreneche [“Plebe urbana y justicia colonial: las fuentes judiciales. Notas para su manejo metodológico”, en: *Estudios e Investigaciones*, núm. 1, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (en adelante, FHyCE) de la UNLP, 1989]. Anteriormente, B. Mitre [*Historia de Belgrano...*] utilizó *populacho*, mientras que J. Ramos Mejía [ob. cit.] se refirió a la *multitud*. La mayoría de los revisionistas —sólo Astesano [*Contenido social...*] se refirió a las *clases trabajadoras*— y de los miembros de la Nueva Escuela Histórica hablaron del *pueblo*, mientras que entre los autores de izquierda se encuentran *grupos subalternos* en S. Assadourian [“Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina”, en: AAVV, *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, Siglo XXI, 1976] y *masas* en M. Peña [*Antes de Mayo*, Buenos Aires, Fichas, 1972].

La noción de *clase* y sus diferentes derivados arriba expuestos son difíciles de aplicar en una ciudad decimonónica preindustrial.¹³ Si se intenta la categorización mediante la clasificación de los lugares ocupados en la estructura productiva no se podría pasar de un análisis profesional y se obviaría el hecho de que en la estratificación social de la colonia jugaban otros criterios además del ocupacional.¹⁴ Tomar la menos rígida definición de *clase* empleada por Edward P. Thompson y sus seguidores –por la cual una clase es tal cuando sus integrantes, por medio de la experimentación de una historia en común, adquieren conciencia de cuáles son sus intereses compartidos y cuáles los opuestos a los de otra clase– no permite su uso para este objeto de estudio, dado que en la Buenos Aires de 1810 se estaba lejos de esas características.¹⁵

Sectores populares es sin duda una noción útil y adaptable, que a primera vista parece ideal para definir a este objeto. Sin embargo, su empleo es problemático, dado que el concepto de *clase social* al que intenta reemplazar –más allá de los inconvenientes ya expuestos– incluye en su definición un elemento importante para el análisis: la noción de diferencia social. *Sectores populares* carece de algo semejante; su mérito es poder aglutinar diferentes casos, pero ¿qué los unifica? Su pertenencia al confuso mundo de lo *popular* permite contemplarlos como un sujeto independiente del resto de la sociedad, sin incluir ningún criterio relacionado con su condición subordinada, condición que resulta clave para entenderlos. La generalidad de este término, que permite abarcar una vasta gama de situaciones, es su virtud pero también su debilidad: es poco lo que define.

La noción de *plebe*, originaria de la Antigua Roma, se usaba en la época aquí estudiada: así denominaban los miembros de la elite porteña a la población que ocupaba lo más bajo de la pirámide social, excluyendo a los difusos sectores medios que recibían el honorífico *don/doña* antes de sus nombres (entre los cuales había pulperos, hacendados, dueños de panaderías, curas). Es decir que aquí se emplea una categoría que proviene de otro actor social (puesto que los miembros de lo que la elite llamaba plebe no se reconocían como parte de esa agrupación), y ésa es una de sus ventajas: la carga despectiva que conlleva *plebe* muestra la posición de subalternidad

¹³ Dificultad señalada por E. Hobsbawm: “bajo el capitalismo la clase es una realidad histórica inmediata que, en cierto sentido, se *experimenta* directamente, mientras que en las épocas precapitalistas puede ser un mero concepto analítico que sirve para dar sentido a un complejo de hechos que de lo contrario serían inexplicables”, en “Notas sobre la conciencia de clase”, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 33.

¹⁴ Como advirtió Raúl Fradkin en “¿Estancieros, hacendados o terratenientes? La formación de la clase terrateniente porteña y el uso de las categorías históricas y analíticas (Buenos Aires, 1750-1850)”, en: M. Bonaudo y A. Pucciarelli, *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones*, tomo 1, Buenos Aires, CEAL, 1993.

¹⁵ Para la definición de clase de Thompson véase el prólogo a su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, tomo 1, Barcelona, Crítica, 1989. Un ataque a esta visión en defensa de la propuesta antes expuesta aparece en P. Anderson, “La acción”, en: P. Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

de quienes eran englobados en la denominación; los *patricios* delimitaban claramente las diferencias sociales.¹⁶ A su vez, *plebe* es un término que ha sido aplicado por diversos historiadores en los últimos años para referirse a la misma cuestión en otras ciudades hispanoamericanas de la época, e incluso se lo ha empleado para la Europa del siglo XVIII, lo cual otorga a la categoría cierto anclaje espaciotemporal que puede facilitar criterios comparatistas.¹⁷

Los problemas para abordar históricamente a este heterogéneo grupo son varios. Los miembros de la plebe eran en su enorme mayoría analfabetos, con lo cual sólo son aprehensibles a través de documentos producidos por la élite. El *corpus* de esta investigación incluye tanto fuentes de este tipo –autobiografías, relatos de viajeros, prensa, papeles administrativos– como documentación judicial –criminal y militar– en la que se logra una mejor aproximación a los sectores subalternos, dado que pese a que se produce en situaciones de gran presión para quienes son interrogados, es posible recoger sus palabras más directamente.¹⁸

2. LA PARTICIPACIÓN DE LA PLEBE EN LA POLÍTICA

a) *Los comienzos*

Buenos Aires, modesta capital virreinal de alrededor de cuarenta y cinco mil habitantes hacia 1810,¹⁹ había experimentado cambios profundos poco antes de que la crisis imperial en la Península Ibérica diera inicio al fin del orden colonial. La victoria sobre las invasiones inglesas de 1806 y 1807 provocó un afianzamiento de la

¹⁶ Según J. L. Romero, “sólo para la ‘gente decente’ el populacho era un grupo social coherente”, en: *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1986, p. 140.

¹⁷ Para el uso de *plebe*, véanse por ejemplo A. Flores Galindo, *Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830 (estructura de clases y sociedad colonial)*, Lima, Mosca Azul, 1984; S. Chambers, *From Subjects...*; F. Gutiérrez Sanín, “La literatura plebeya...”; M. Irurzqui, “A bala, piedra y palo”...; A. Annino, “Cádiz y la revolución territorial de los pueblos mexicanos”, en: Annino (comp.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica. siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 1995; para Inglaterra: E. P. Thompson, “Patricios y plebeyos”, en: E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, Grijalbo, 1995.

¹⁸ Acerca de la utilidad de las fuentes judiciales y los problemas para trabajar con ellas véase A. Farge, *La atracción del archivo*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991. También hay breves referencias al tema en C. Mayo, S. Mallo y O. Barreneche, “Plebe urbana y justicia colonial...”

¹⁹ Siguiendo datos censales, L. Johnson y S. Socolow sostienen la cifra de 43.000 habitantes para 1810 (en “Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII”, en: *Desarrollo Económico*, vol. 20, núm. 19, octubre-diciembre de 1980); en otro trabajo se calculan entre 40.000 y 48.000 pobladores para el mismo año [C. A. García Belsunce (comp.), *Buenos Aires. Su gente. 1800-1830*, Buenos Aires, Emecé, 1976].

identidad localista, de la exaltación de la “patria” (en ese momento Buenos Aires),²⁰ y a la vez implicó la entrada masiva de miembros de la plebe en las milicias voluntarias que no fueron desmovilizadas tras la derrota británica, creando un nuevo canal de comunicación entre la plebe urbana y la elite local por fuera de la administración colonial.²¹ Las milicias se volvieron parte indispensable en cualquier enfrentamiento de poderes entre 1807 y 1810 y su accionar fue decisivo para asegurar el triunfo en mayo del último año y la ausencia de cualquier intento contrarrevolucionario posteriormente. La adhesión a la nueva situación de los oficiales que conducían las milicias –muchos de los cuales habían sido elegidos por sus soldados y gozaban de prestigio entre ellos– fue una de las vías utilizadas por el gobierno revolucionario para lograr el apoyo plebeyo, objetivo al cual apuntó desde un primer momento. Otros medios empleados para ello fueron el uso de la amplia influencia de los alcaldes de barrio –funcionarios del Cabildo– en sus respectivos cuarteles urbanos y suburbanos, la difusión de los comunicados de la Junta a través de bandos y la prensa oficial, que se leía en las iglesias obligatoriamente –llegando a los analfabetos–, la organización de fiestas revolucionarias (véase *infra*) y el fomento de las delaciones contra los “enemigos del sistema del día”.²² Estos intentos fueron coronados por el éxito: la plebe apoyó, tácita o activamente, la nueva situación.

El nacimiento de una nueva política tras el fin del vínculo colonial incluyó entonces, mediante una interpelación “desde arriba”, a la plebe urbana entre sus actores. Las formas de participación plebeya en la política durante los diez años que duraría el gobierno central creado en 1810 fueron principalmente tres: la presencia en las celebraciones públicas, la intervención –preparada por miembros de la elite y/o el Cabildo– para dirimir conflictos entre las facciones que surgieron dentro de los grupos dirigentes, y los motines “autónomos” –sin injerencia de miembros de la elite– en el ejército y la milicia. Las tres se analizarán a continuación.

b) La presencia constante: las fiestas

El rasgo más constante de la participación plebeya en el período fue su visible presencia en la nueva vida “pública” nacida en 1810, es decir, tomando parte de los eventos introducidos por la Revolución. Entre ellos, las fiestas fueron decisivas co-

²⁰ J. C. Chiaramonte, “Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Buenos Aires, tercera serie, núm. 1, 1989.

²¹ P. González Bernaldo, “Producción de una nueva legitimidad...”.

²² Para las milicias voluntarias, véase T. Halperin Donghi, “Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815”, en: T. Halperin Donghi, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Ai-

mo medio de ganar la adhesión a la causa revolucionaria de sectores no pertenecientes a la elite, por lo cual su organización fue muy cuidada por las autoridades y se logró una recepción positiva de la sociedad en general, que concurrió en bloque a esos actos.

Desde las primeras escaramuzas victoriosas, y particularmente a partir del primer aniversario de la Revolución, comenzó a emplearse un modelo de festejo que se centralizaba en la Plaza de la Victoria y se extendía por los barrios; incluía un Tedéum,

iluminaciones generales en toda la ciudad por cuatro noches consecutivas; muchas salvas de artillería, repiques de campanas, fuegos artificiales, músicas, arcos triunfales, y otras infinitas diversiones, como de mojigangas, máscaras, danzas, y bailes [...] ardían en muchas partes hachas de cera, en otros vasos de colores, y en otros faroles de vistosa construcción.²³

Las fiestas mayas se convirtieron en las más importantes y fueron institucionalizadas en 1813. El gobierno de turno y el Cabildo se encargaron, a lo largo de toda la década, de asegurar entretenimientos para el público en cada aniversario de la Revolución: la magnitud de las celebraciones muestra la importancia de este espacio de convivencia social en el que el nuevo régimen afianzaba su legitimidad. La plebe participaba activamente de estos festejos que igualaban simbólicamente a la sociedad porteña —un viajero decía que el 25 de mayo “producía entusiasmo tal y exaltaba de tal modo a todas las clases sociales, que por ese momento no se hacía diferencia de clases”—.²⁴ No ha sido posible conseguir testimonios directos de integrantes de la plebe acerca de las fiestas, pero su participación es clara en su concurrencia masiva a los eventos organizados o en la iluminación de sus casas que varios

res, Sudamericana, 1978; la lectura de la *Gaceta* en los templos en R. Di Stefano y L. Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000. La fórmula “enemigos del sistema del día” aparece en diversos juicios.

²³ J. M. Beruti, *Memorias curiosas*, en *Biblioteca de Mayo* [en adelante *BM*], tomo IV, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, p. 3.788. La importancia de las fiestas en el período revolucionario fue destacada por Halperin Donghi en *Revolución y guerra...*, y luego investigada por Lía Munilla, “Celebrar en Buenos Aires. Fiestas patrias, arte y política entre 1810 y 1830”, en: AAVV, *El arte entre lo privado y lo público*, VI Jornadas de Teoría e Historia de las Artes, CAIA, 1995. Recientemente el tema ha sido retomado por Juan Carlos Garavaglia en “A la nación por la fiesta: las fiestas mayas en el origen de la nación en el Plata”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, núm. 23, 2000; Ricardo Salvatore ha analizado la fuerte presencia popular en fiestas posteriores, las del período rosista, en “Fiestas Federales: representaciones de la república en el Buenos Aires rosista”, en: *Entrepassados*, núm. 11, 1996.

²⁴ John Parish y William Parish Robertson, *Letters on South America. Comprising Travels on the Banks of the Parana and Rio de la Plata*, Londres, John Murray, 1843, vol. 3 [trad. esp.: *Cartas de Sud-América*, Buenos Aires, Emecé, 1950, tomo III, p. 77].

hacían en esas ocasiones, acompañando el alumbramiento extraordinario de los lugares públicos que realizaba el Cabildo.²⁵

Nuevos y potentes símbolos comenzaron a ser utilizados por el gobierno y el Cabildo como medios de asegurar la adhesión a la causa revolucionaria: declaraciones insertas en las comedias con temáticas referentes a la Revolución, inscripciones alusivas ubicadas en distintos soportes —como banderas o “arcos gallardetones”—, o el uso masivo del gorro frigio tomado de la tradición revolucionaria francesa, que pasó a ser una parte fundamental de las fiestas mayas en 1813 —el momento más radical de la Revolución—.²⁶ Estas acciones simbólicas se dirigían a toda la sociedad, pero si la elite o los sectores medios letrados se ligaban profundamente con los acontecimientos a través de la prensa o de su vinculación con integrantes de los círculos de gobierno, los plebeyos tenían menos canales de contacto con la dirigencia revolucionaria y sus ideas; el simbolismo de las fiestas era muy importante como mensaje para ellos. En las fiestas mayas de 1812 y 1813 se realizaron sorteos —suertes de cien pesos— entre familias indigentes y entre “honradas” jóvenes pobres. También solía darse dinero a familiares femeninos de los caídos en la guerra (práctica que ya se utilizaba con casos similares tras las invasiones inglesas) y se liberaba a algunos esclavos.²⁷

A la vez se siguieron festejando todas las noticias favorables y los acontecimientos trascendentes para la Revolución: batallas victoriosas, llegadas de banderas tomadas al enemigo, desfiles de tropas, tratados con Montevideo, la declaración de la Independencia y otras. También las celebraciones religiosas fueron impregnadas: incluso la importante Cuaresma, entre el Carnaval y la Semana Santa, podía no ser respetada si se presentaba algún acontecimiento favorable a la causa, como ocurrió en 1813 con las celebraciones por la victoria de Salta.²⁸

²⁵ En una causa contra un matrimonio acusado de ser opositor al gobierno revolucionario, la testigo Micaela Duarte declaró: “Que cuando las funciones públicas del Cumpleaños de la Excelentísima Junta puso la que declara las luminarias que le pareció conveniente, y Casanovas y la Leonarda decían que aquellas luces eran para los demonios”; en AGN, Sala X, legajo 27 4 2. *Causas Criminales. 1810-1815*.

²⁶ En las fiestas de 1811 se representó un “melodrama” en la Plaza de la Victoria, en el cual un prisionero rompía sus grillos y cadenas mientras algunos pájaros emprendían vuelo, al tiempo que se estimulaba al entusiasmado público con arengas que éste respondía, como “¡Viva la libertad civil!”, en: Núñez, “Noticias históricas”, *BM*, tomo I, p. 831. En 1813, como parte de la celebración se incendiaron públicamente los recientemente abolidos instrumentos de tortura y no se colocó la bandera española en el Fuerte.

²⁷ *Acuerdos del Extinguido Cabildo* [en adelante *AEC*], serie IV, tomo V, Buenos Aires, 1927. pp. 200, 211, 212, 567, 573 y 577. Todos los años el Cabildo empleaba varios de sus acuerdos en preparar las fiestas mayas.

²⁸ “Lo nunca visto en esta capital, en un tiempo santo como este de cuaresma se ha experimentado hoy día, con escándalo de la gente timorata, y es el haber habido en esta noche comedias públicas en el Coliseo [...] alusivo a la libertad que defendemos”, J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.842.

Si se suman las religiosas, las tradicionales y las revolucionarias, todos los años había una gran cantidad de celebraciones que conmocionaban a la ciudad, transformándose en un elemento característico de la década.²⁹ Según un viajero:

Asistir a una noche de regocijo público en Buenos Aires es muy placentero. Todos los habitantes –*literalmente* todos, con excepción de uno o dos criados encargados de cuidar las casas– se dirigen muy bien vestidos a la plaza Mayor. Dos o tres bandas de música tocan generalmente bajo las arcadas de la alcaldía, o Cabildo; y las bandas de algunos regimientos deambulan por la ciudad, seguidas por miles de habitantes de todas las clases [...] El Cabildo está iluminado. Allí se brinda un gran baile, al que se invita a muchas personas, mientras que a otras no; pero no se le niega la entrada a nadie, si está vestido convenientemente [subrayado original].³⁰

Como se ve, había una diferenciación entre los asistentes: quién era invitado al baile y quién no (obviamente era la elite la encargada de decidir qué era estar *vestido convenientemente*). Pero también es claro que la plebe tenía un lugar visible en todas las fiestas, fueran religiosas, tradicionales o revolucionarias, aunque de distinta manera en cada caso. En los dos primeros tipos su rol estaba preestablecido: se repetía el modelo del período colonial, en el cual había un ordenamiento conocido por todos. En el último, el modo de participación de la plebe fue también novedoso y generó resquemores entre la elite. Alguien amparado en el seudónimo de “el imparcial” publicó en la *Gazeta* amargas reflexiones sobre el tema:

el repique general de campanas que á las diez de la noche del veinte y ocho pasado puso en movimiento a todos los habitantes de esta ciudad [...] como por encanto me hallé en la calle, corrí como los demás a saber que nuevas había recibido el gobierno [...] deseaba encontrar patriotas con quienes pasar el resto de la noche, entonando hymnos de alegría y gratitud al Ser Supremo por la singular protección con que decididamente protege nuestra suspirada libertad; dirigime á la plaza mayor, pero un gran pelotón de gentes que venia de vuelta encontrada, ocupando toda la calle, no me dejó pasar. tube que retroceder y esperar que pasasen las quatro esquinas, el primer trozo se componía de una multitud de soldados, chusma y gente de color, unos y otros con visages y demostraciones groseras, en vez de gritar viva la patria, llenaban el ayre de expresiones groseras que ni el papel puede sufrir, ni el decoro permite se repitan [...] los mo-

²⁹ Los ingleses J. P. y W. P. Robertson calculaban que había al menos treinta y cinco días al año donde las actividades se suspendían por ser fiestas religiosas, sin contar los domingos [*Cartas...*]. En este grupo se incluían la Navidad, la Semana Santa y las diez “funciones” religiosas que preparaba el Cabildo: [J. Sáenz Valiente, *Bajo la campana del Cabildo*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1950]. Entre las tradicionales estaban el paso del Real Estandarte, suprimido en 1812, y el Carnaval.

³⁰ J. P. y W. P. Robertson, *Cartas...*, vol. 2, p. 211 (traducción mía).

zos de tienda (europeos los mas) y las señoras que aun estaban en sus casas salieron a sus puertas, ventanas y balcones, pero insultados aquellos con el funesto epíteto de *sarraceno* y avergonzadas éstas al oír las palabras indecentes de la vanguardia, se encerraron repentinamente, por no ser espectadores de una escena tan desagradable.³¹

Las celebraciones revolucionarias, con excepción de las fiestas mayas, tenían un alto componente de improvisación, por lo que los miembros de los distintos grupos sociales se veían mezclados en la calle, permitiendo a la plebe –*soldados, chusma y gente de color* (diferenciada de la *chusma* blanca)– adueñarse de la fiesta. Sus *corrompidas expresiones* eran una consecuencia no esperada de la búsqueda del apoyo plebeyo por parte de los sectores dominantes. Lo cierto es que la preocupación nunca pasó de eso y de los cuidados tomados por los gobiernos para evitar el estallido de desórdenes, que se suscitaban en los festejos inorgánicos e improvisados como en el caso recién descrito. La mayoría de las veces las fiestas fueron una elección feliz para sus organizadores, dado que consiguieron la identificación popular con la Revolución y jamás devinieron en disturbios considerables; por eso continuaron cuando ya la causa revolucionaria no corría peligros serios y se transformaron en un ritual de convivencia social.

La masiva presencia plebeya no se limitó a los festejos coordinados por las autoridades, sino que se dio también en otras ocasiones, como la asunción de nuevos gobernantes –al igual que ocurría en la época colonial–, la partida de tropas, el arribo de un general victorioso o de diplomáticos extranjeros, las ejecuciones de contrarrevolucionarios –como la de Álzaga en 1812–.³²

Tomar parte de los eventos surgidos con la Revolución fue un efectivo vehículo de incorporación de la plebe urbana al proceso político que comenzó en 1810. Sus miembros los adoptaron masivamente como una práctica habitual y no dejaron de concurrir nunca a los festejos de las victorias o a los aniversarios de Mayo, pese a la pérdida de entusiasmo que se acrecentaba año tras año.³³ Renovaban así su identificación con la causa y su presencia en la vida política.

³¹ *Gazeta de Buenos Aires* [en adelante, *GBA*], edición facsimilar en 6 tomos, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana, 1910, tomo III, p. 37 (3 de diciembre de 1811). El festejo era por la recuperación de Cochabamba por parte del ejército revolucionario.

³² Gervasio Posadas resalta la gran concurrencia el día que asumió como Director Supremo [en su "Autobiografía". *BM*, tomo II, vol. 1, p. 1.427]. En una *Gazeta* de mayo de 1814 se describe el masivo acompañamiento al embarque de las tropas que partían a tomar Montevideo [*GBA*, tomo IV, p. 86]. J. M. Beruti *Memorias curiosas...*, p. 3.897] describe la gran algarabía popular en la llegada de San Martín a Buenos Aires tras vencer en Maipú: hubo varios plebeyos en el recibimiento a los enviados estadounidenses en 1817 [véase E. M. Brackenridge, *La Independencia argentina*, Buenos Aires, América Unida, 1927, p. 271]. Véase "La multitud en la ejecución de Martín de Álzaga" en J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.830.

³³ L. Munilla, "El arte de las fiestas: Carlo Zucchi y el arte efímero festivo", en: F. Aliata y L. Munilla, *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998.

*c) La plebe desequilibrante:
la participación en los conflictos intraelite*

Las disputas facciosas dentro de la fracción de la elite que comenzó dirigiendo la política revolucionaria empezaron poco después de la destitución del último virrey del Río de la Plata. De esa puja surgió la segunda vía de participación plebeya, menos armónica que las fiestas.

A principios de 1811, el enfrentamiento entre el sector moderado –los *saavedristas*– y el más radical –los *morenistas*– se agudizó. Su desenlace fue forzado por los saavedristas mediante un recurso inédito: convocar a miembros de la plebe de los suburbios y la zona de las quintas que rodeaba a la ciudad, mediante la influencia de los alcaldes de barrio de esos lugares. En la madrugada del 6 de abril

ocuparon la plaza Mayor como mil quinientos hombres, pidiendo a gritos la reunión del cuerpo municipal, para elevar por su conducto sus reclamaciones al gobierno [...] casi todos no sabían escribir y necesitaban buscar quienes firmasen a su ruego [...] los que sabían escribir no eran tan expertos en el manejo de la pluma como lo eran en el de los instrumentos de labranza. [...] Las gentes de la ciudad no habían experimentado las sensaciones afligentes que causan estos actos tumultuosos.³⁴

El “pedir a gritos” no era nuevo. El 25 de mayo fue de hecho una gritería: los revolucionarios estaban en la plaza “pidiendo a la voz y con amenazas la deposición del presidente y vocales de la junta, y que se reemplazasen con los que ellos nombraban”.³⁵ Lo diferente eran los protagonistas: ahora eran plebeyos de los arrabales, con el discreto pero decisivo soporte de las tropas, los que exigían. La petición se hizo en nombre del *pueblo*, referente clave en el problema fundamental introducido por la Revolución: cuáles eran las bases de la legitimidad del gobierno. Aquélla se inició como la reasunción de la soberanía por parte del *Pueblo*, entendiéndolo de acuerdo con la tradición pactista española, donde tenía el sentido de “toda la ciudad” como una comunidad política; los *vecinos* –propietarios con casa poblada en la ciudad– integraban ese *pueblo*. A esta concepción comenzaba a oponérsele otra, vinculada a las ideas de la Ilustración francesa, en la que el *Pueblo* es el conjunto de los *ciudadanos*.

³⁴ I. Núñez, “Noticias...”, pp. 452 y 455.

³⁵ Francisco de Orduña, “Informe oficial del subinspector del Real Cuerpo de Artillería de Buenos Aires”, en: *BM*, tomo V, p. 4.325.

considerados individuos iguales en quienes radica la Soberanía.³⁶ Pero la tensión el 5 y 6 de abril de 1811 no se planteó entre dichas concepciones, sino dentro de una misma: los redactores del petitorio hablaban del *pueblo* en el sentido tradicional del término, dirigiéndose al Cabildo, órgano tradicional, para que a través de él llegasen los reclamos al gobierno. Lo que estaba en juego era quién integraba ese *pueblo*. Los redactores del petitorio lo encontraron en la plebe suburbana y de las quintas. En cambio para Juan Manuel Beruti, testigo de los acontecimientos y opositor a los saavedristas,

el Cabildo debil otorgó cuanto en nombre de este *supuesto pueblo* pidieron los facciosistas de la maldad [...] *Suponiendo pueblo a la ínfima plebe [...] en desmedro del verdadero vecindario ilustre* que ha quedado burlado [...] bien sabían los facciosos que si hubieran llamado al verdadero pueblo, no habría logrado sus planes el presidente [subrayado mío].³⁷

El *verdadero pueblo* era el que él integraba: el de los vecinos, la “gente decente”. Otro opositor a los hechos, Ignacio Núñez, señalaba despectivamente que fueron a “ejercer en masa el derecho de petición que por primera vez iba a resonar en sus oídos”.³⁸ es decir, que iban a hacer uso de un derecho tradicional de los integrantes del *pueblo*, pero jamás antes utilizado por los plebeyos: se estaba ante una novedad.

¿Por qué convocar a la plebe como *pueblo*? La pregunta vale, dado que todas las tropas porteñas, salvo un regimiento, respondían a la facción saavedrista y con esa fuerza hubiese bastado para provocar los cambios que se deseaba realizar en la Junta, puesto que ya en 1809 y 1810 las milicias habían demostrado su poder de decidir el curso de los hechos. Sin embargo, remover por la fuerza a vocales que ocupaban legítimamente sus cargos era algo difícil de hacer pasar por una acción válida aun en la frágil legalidad del momento. Por eso se apeló a la plebe –bien apoyada por las tropas, claro– para dar legitimidad al acto. El *pueblo*, y no los militares, exigía cambios. “Desvalidos soberanos”, había enunciado Núñez, pero soberanos al fin; y numerosos, lo que los hacía peligrosos.³⁹ El petitorio exigía que la Junta apro-

³⁶ J. C. Chiaramonte, “Vieja y Nueva Representación: los procesos electorales en Buenos Aires, 1810-1820”, en: A. Annino (comp.), *Historia de las elecciones...*; véanse también Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE, 1993, y N. Goldman, “Crisis imperial. Revolución y guerra (1806-1820)”, en: N. Goldman (comp.), *Revolución, República, Confederación*. En realidad, el vocablo *ciudadano* ya existía en el Antiguo Régimen, definido en términos corporativos, para referir al vecino de una ciudad que tenía privilegios y cargas por su pertenencia a dicho cuerpo: véase Chiaramonte, *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

³⁷ J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.786.

³⁸ I. Núñez, “Noticias...”, p. 452.

³⁹ I. Núñez, “Noticias...”, p. 455.

base todos los puntos y lo publicase, o el *pueblo* no se iría e incluso podía adoptar “medidas menos moderadas”.⁴⁰ La amenaza estaba clara y el gobierno aceptó todos los puntos del petitorio.

Hay un elemento clave: cómo fueron movilizados los concurrentes. Los historiadores que más tarde defendieron la espontaneidad del acto la justificaron por la gran identificación del “pueblo” con el presidente Saavedra y sus ideas “nacionales”, pero esto no ha sido demostrado. Los sostenedores de la tesis de la manipulación –contemporáneos o no– consideraron que todo el acontecimiento obedeció a un plan cuidadosamente orquestado en el que la plebe jugó un papel totalmente pasivo.⁴¹ Aunque la intervención del grupo *saavedrista* en la organización es indudable, puesto que los únicos perjudicados fueron los diputados *morenistas* el principal argumento utilizado para la convocatoria figuraba como primer punto del petitorio:

Convencido el pueblo de Buenos Ayres de que las medidas adoptadas hasta el día para la reconciliacion de los españoles europeos con los americanos, son á mas de ineficaces, perjudiciales á la gran causa y sistema de gobierno, que se sigue, y debe abrazarse en lo venidero; es su voluntad, que se expulsen de Buenos Ayres á todos los europeos de qualquier clase ó condicion.⁴²

No se trataba sólo de una excusa que encubría el ataque al grupo *morenista*, sino que el hecho de que se lo colocara en primer lugar marca su importancia. A principios de 1811 los *morenistas* se habían dedicado a defender la situación de los peninsulares, con lo cual Saavedra y los suyos decidieron tomar la causa contraria para enfrentarlos. Pero lo destacable es que esta radicalización, este paso adelante del grupo más conservador, se debió a que se trataba de un tema capaz de movilizar a la plebe, y éste fue sin duda el principal medio empleado para ello. Se apeló a la identidad americana contra la peninsular, ante una plebe integrada casi exclusivamente por americanos, que había atravesado la experiencia de las invasiones inglesas –con su inyección de localismo y americanismo– y cuyos miembros podían depositar con facilidad el objeto de su odio en los tenderos y comerciantes de origen europeo.⁴³ No

⁴⁰ Aseguraban no “separarse del puesto donde se halla, y que serán imputables á V. E. qualquiera medidas menos moderadas, que pudieran adoptarse en su execucion por el propio pueblo, que es arbitro de tomarlas conociendo la voluntad general, pero con especialidad quando interesa su libertad, conservacion y seguridad”, *GBA*, p. 282.

⁴¹ Entre quienes sostuvieron la espontaneidad se encuentran J. M. Rosa [*La historia de nuestro pueblo*] y M. Serrano [*Cómo fue la revolución de los orilleros porteños*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1975]. B. Mitre [*Historia de Belgrano...*] y R. Puiggrós [*Los caudillos...*] se inclinaron por la tesis de la manipulación. El contemporáneo opositor Posadas sostuvo que fueron “de los arrabales y quintas como unos opas y sin saber a que fin eran allí citados y traídos por un tal Grigera condecorado por Saavedra con el nombramiento de alcalde mayor” (“Autobiografía”, p. 1.413).

⁴² *GBA*, tomo II, p. 282.

en vano la exigencia era el primer punto del petitorio; que el desplazamiento de los morenistas figurara recién en el quinto no se debe a un mero enmascaramiento sino que revela la importancia de cada elemento para quienes firmaron el petitorio –hábilmente explotada por sus impulsores–.

La plebe adquiriría así una nueva función: dirimir los conflictos internos de la elite. En el contexto de yuxtaposición de autoridades –gobierno central y Cabildo– que sucedió a Mayo no había reglas claras para definir los conflictos dentro del grupo dominante, como ocurría en el período colonial, en el cual los enfrentamientos se decidían en marcos institucionales. La precaria situación de legitimidad gubernamental después de la Revolución no dejaba lugar a mecanismos de ese tipo y de ahí el recurso a la plebe.

El éxito de la acción del 5 y el 6 de abril causó un gran impacto entre la “gente decente”: los organizadores buscaron desvincularse del hecho⁴³ y los damnificados lo consideraron un acto ilegítimo: “el pueblo ha tenido que callar, por temor a la fuerza”, era el lamento de Beruti.⁴⁵ Había también un trasfondo de temor social. Al igual, aunque menos intensamente, que en otras áreas de Iberoamérica, los levantamientos de Túpac Amaru y Túpac Catari, y, sobre todo, la sangrienta emancipación de los esclavos haitianos tras la Revolución Francesa preocuparon a una elite que era también propietaria de esclavos (en 1795, Buenos Aires había vivido la llamada “conspiración de los franceses”, que castigó a algunos individuos a los que se acusó de enviados de los revolucionarios franceses para impulsar cambios sociales a favor de los esclavos y la plebe).⁴⁶ Sin embargo, aunque presente, el temor no parece haber sido demasiado profundo. La combinación plebe-tropas-fracción del grupo dirigente se había mostrado incontrastable y volvería a ser utilizada –pese a la prudencia que todos aconsejaban– en el futuro cercano; se impuso “la escuela del 5 y 6 de abril”:⁴⁷

La siguiente intervención plebeya fue en septiembre de 1811, cuando Saavedra debió partir al norte ante la grave situación militar y la oposición convocó a un Cabildo Abierto para tratar la cuestión, dando lugar a un acto tumultuoso que desembocó en una modificación gubernamental (fin de la Junta Grande y creación del Primer Triunvirato). Un partidario del cambio señaló que piquetes de tropas se encargaron de que “no entrasen negros, muchachos ni otra gente común [...] a fin de que no hubieren desórdenes”,⁴⁸ pero este dato nos dice que había, aunque fuese tácita, una pre-

⁴³ Como observó Halperin Donghi en *Revolución y guerra...*

⁴⁴ Véanse C. Saavedra, “Memoria autógrafa”, en: *BM*, tomo II, vol. 1, y G. Funes, “Apuntamientos para una biografía”, en: *BM*, tomo II, vol. 2, p. 1.539.

⁴⁵ J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.786.

⁴⁶ B. Lewin, “La ‘conspiración de los franceses’ en Buenos Aires (1795)”, en: *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, vol. 4, Rosario, 1960.

⁴⁷ Posadas, “Autobiografía”, p. 1.416.

⁴⁸ J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.800.

sencia popular (¿para qué apostar tropas, de no haber existido la real posibilidad de que alguien efectivamente se presentase?). Un ofuscado Saavedra planteaba: “el gobierno ejecutivo, que se estableció el 23 de septiembre de 1811, ¿tuvo en realidad otro origen que un tumulto de la plebe? ¿Y no se hizo lo que ella quiso?”⁴⁹

Tanto en el recién descrito como en los dos movimientos siguientes es difícil encontrar información que permita apreciar cuál era la contribución de la plebe en las acciones; fundamentalmente, porque —aunque tal vez sea ocioso decirlo— todos fueron exitosos, y por ello no generaron juicios posteriores, que son las mejores fuentes para aproximarse al pensamiento de los plebeyos. De todas formas, la agitación política con su participación no se detuvo: en julio de 1812, el gobierno advertía que había intentos de desorden y por ende “que por ningún título se permitan reuniones del populacho, ni en los Cuarteles, ni en los Cuerpos de Guardia, ni en algún otro punto” (nótese que se refiere al *populacho*, es decir, la plebe), y “que los Jefes de las Patrullas cuiden de disolver las reuniones que adviertan”.⁵⁰ La preocupación era, evidentemente, fundada, porque poco después, el 8 de octubre, “hubo otra revolución o sacudimiento volcánico también hijo legítimo del 5 y 6 de abril de 1811”, que provocó la caída de los primeros triunviros, “y se nombraron en pueblada otros tres”.⁵¹ Una nueva facción, liderada por la Logia Lautaro, se apoderó así de la dirección de la Revolución. Otra vez los cuerpos militares ocuparon la Plaza de la Victoria junto a algunos plebeyos y un grupo de vecinos que llevaba la voz cantante. El rasgo repetido motivó otra protesta:

La deposición de todos los gobernantes el 8 de octubre de 1812; y la mutación total de personas, la dispersión de los diputados de todos los pueblos, de que se componía la asamblea que se disolvió en aquel día, ¿no fue idénticamente lo mismo que el 5 y 6 de abril? Plebe en la plaza y tropas sosteniéndola causaron aquella novedad [...] el decantado 5 y 6 de abril a que después se llama sucio y despreciable, como si los del 23 de septiembre y 8 de octubre hubiesen sido muy limpios, y decentes.⁵²

La participación de las tropas fue otra vez decisiva; la plebe aparecía como un apoyo complementario, parte del “pueblo” legitimante. Un plebeyo, el pardo Santiago Mercado, alias *Chapa*, denunció que se habían destinado veintiséis mil pesos al soborno de militares y otros para que participasen de la agitación.⁵³ La combinación de

⁴⁹ C. Saavedra, “Instrucción de Saavedra a Juan de la Rosa Alba”, en: *BM*, tomo II, vol. I, p. 1.122.

⁵⁰ *AEC*, serie IV, tomo V, p. 272.

⁵¹ Posadas, “Autobiografía”, p. 1.420.

⁵² C. Saavedra, “Instrucción...”, p. 1.122. Su afirmación es parte del descargo que dio al ser juzgado en 1814 por el movimiento del 5 y 6 de abril de 1811.

⁵³ AGN, Sala X [en adelante, sólo X], legajo 29 9 8 [en adelante, sólo el número], *Sumarios Militares* [en adelante *SM*], 83a. Según Halperin Donghi, los participantes eran habitantes de los arrabales recluta-

tropas, parte de la plebe y parte del *pueblo* se había transformado en el mecanismo más efectivo para realizar modificaciones políticas en Buenos Aires.⁵⁴

Una nueva aparición plebeya en la “alta política” se dio cuando el grupo radical ascendido en 1812 entró en la crisis general –desobediencia del ejército del Norte, disidencia de todo el Litoral, la Banda Oriental y Córdoba tras la figura de Artigas, economía perjudicada por la guerra, auge legitimista en la Europa que derrotaba a Napoleón– que desembocó en el fin del Directorio de Carlos de Alvear, en abril de 1815. El desencadenante fue el ejército enviado a Santa Fe a reprimir a los disidentes, que se sublevó en la campaña bonaerense liderado por José Álvarez Thomas y provocó el desplazamiento de Alvear. Éste se dirigió entonces al campamento de Olivos, donde gran parte del ejército allí acantonado seguía apoyándolo. Entonces,

el Cabildo, considerando las malas consecuencias que podrían sobrevenir, llamó al pueblo a toque de campana, y en seguida reasumió el mando en sí, disolviendo y quitándole la autoridad a la Asamblea, lo que hizo saber al público por un bando [...] esta capital se hallaba indefensa, pues no tenía más tropas que los tercios cívicos, y éstos casi sin armas, sin municiones, y sin artillería, por habérsela llevado toda con anticipación Alvear al campamento, seguramente temiéndose se armasen contra él los ciudadanos [...] Soler, luego que fue nombrado comandante de armas, puso la ciudad en defensa, asutando artillería en las bocacalles de la entrada de la plaza Mayor, ayudando a ello el Cabildo con sus órdenes, que mandó a los alcaldes de barrio, y los de campaña, para que todos concurriesen a su defensa, como lo hicieron todos con las armas que tenían, coronando las azoteas de las inmediaciones de la plaza de ciudadanos armados.⁵⁵

Para Gervasio Posadas –tío, antecesor en el gobierno y partidario de Alvear–, en esa fecha volvió “el despotismo de la multitud”, que él sufrió directamente: “en lo alto de la noche del 15 al 16 de abril estropean mi casa a golpes, y continuó un tumulto popular todo el día 16”,⁵⁶ del cual se disculpó años más tarde Álvarez Thomas, dado que las “irregularidades [...] son debidas a la intervención en ella de hombres exaltados que las circunstancias impedían reprimir, y que yo lamentaba como una fatali-

dos por Juan José Paso, en *De la Revolución...* El recurso de entusiasmar a miembros de la plebe con ganancias materiales parece haber sido empleado en otras ocasiones. Por ejemplo, en 1819 un cabo de granaderos fue tentado de participar en un alzamiento contra el gobierno, le dijeron: “si quieres entrar en una revolucion, ya ves que estas pobre y siempre te ha de valer algo”, en: AGN, X, SM, 30 I 5, 641.

⁵⁴ El acceso al poder en octubre de 1812 del grupo más radical dentro de los revolucionarios, organizado en la Sociedad Patriótica que se unió con la Logia Lautaro, no implicó un intento de ampliación de la participación plebeya en la política revolucionaria, puesto que los sectores radicales de Buenos Aires no dieron un lugar central a los sectores subalternos en su proyecto revolucionario –excepto en las fiestas–; no aparecieron clubes, asambleas o cualquier otro tipo de organizaciones populares que viabilizaran la intervención plebeya en la política. Véase P. González Bernaldo, “La Revolución Francesa...”.

⁵⁵ J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.872.

⁵⁶ Posadas, “Autobiografía”, pp. 1.463 y 1.461.

dad ajena a mi carácter".⁵⁷ Alvear concitó el odio plebeyo, en parte por el rechazo generalizado que su persona generaba entre muchos porteños, pero es muy posible que hayan influido la prolongación del conflicto bélico y el consiguiente aumento de la presión estatal sobre la plebe urbana bajo su gobierno y el de su antecesor. Aunque no es posible saber hasta qué punto pudieron cumplirse las disposiciones gubernamentales, desde 1813 se exigió repetidas veces a las patrullas urbanas que arrestaran a los considerados *vagos*, negros libres (salvo "los que fuesen dueños de tiendas, ó talleres publicos siempre que por si lo manejen") y "los infinitos muchachos que dibagan por la ciudad sin destino, exercicio ni educacion" para el servicio de las armas. Incluso los peones de panadería, que producían un alimento esencial cuya escasez podía crear problemas, fueron movilizados (al tiempo que aumentaba el uso de esclavos en las tropas).⁵⁸

Por primera vez, la plebe sobrepasó durante el levantamiento de 1815 los límites de tranquilidad que había mantenido en 1811 y 1812, pero tras la festejada derrota de Alvear este tipo de acciones desapareció. El advenimiento de Juan Martín de Pueyrredón, en junio de 1816, terminó con la agitación constante ("desde la elección del actual director, ninguno de estos tumultos, antes tan frecuentes, ha ocurrido")⁵⁹ e inauguró un período en el que los levantamientos no pasaron de intentos. Recién en 1820 volvería a convocarse a la plebe para dirimir un conflicto faccioso.

d) *Los líderes populares y el Cabildo de Buenos Aires*

La participación de los plebeyos en los conflictos internos a la élite no fue espontánea. Entonces, ¿quién los dirigía? Tulio Halperin Donghi presenta una interesante hipótesis sobre este punto: los plebeyos primero se identificaron con la causa revolucionaria y no con una facción en particular, dado que por los constantes cambios de gobierno del primer lustro después de Mayo ningún grupo se había conso-

⁵⁷ J. Álvarez Thomas, "Memorándum para mi familia", en: *BM*, tomo II, vol. 2, p. 1.728.

⁵⁸ Para todos los casos véase AGN, X. 30 10 I, Policía - Órdenes superiores, pp. 42, 198, 123, 160 y 188. El rechazo a Alvear era amplio; los Robertson señalan que "había introducido una costumbre desconocida incluso en la época de los virreyes. la de aparecer en público seguido de una importante escolta formada por granaderos a caballo, y se renunciaba a concurrir a toda reunión que no fuera de carácter oficial. Con todo esto terminó disgustando a los republicanos y altivos porteños", en: J. P. y W. P. Robertson, *Cartas...* p. 220. En 1820 Tomás de Iriarte marcaba el repudio a la figura de Alvear, quien "sabía las funestas impresiones que había hecho en el pueblo de Buenos Aires la revolución de abril del año quince; sabía cuanto era odiado por la multitud, las clases inferiores del pueblo", en: T. de Iriarte, *Memorias*, vol. I ("La independencia y la anarquía"). Buenos Aires. Sociedad Impresora Americana, 1944, p. 253.

⁵⁹ "Carta de Mr. Rodney al Secretario de Estado", en: E. M. Brackenridge, *La Independencia...*, p. 336.

lidado lo suficiente como para generar lealtades duraderas. Luego, en la etapa del gobierno de Pueyrredón, los plebeyos se habrían identificado con el grupo que conformaba la “oposición popular” o el “partido popular”.⁶⁰ Sin duda, las diferencias entre las dos fases en las que comúnmente se divide la década de la Revolución y la guerra implicaron distintas actitudes de la plebe, como marca Halperin, y hubo un grupo formado por militares y publicistas que agitó posturas belicistas en el conservador período de Pueyrredón, que también ha sido llamado “federal” o “confederacionista”.⁶¹ Los testimonios de la relación de integrantes de esta facción —Miguel Soler, Manuel Pagola y Manuel Dorrego— con la plebe provienen de los acontecimientos de 1820 (que serán tratados *infra*). Durante los sucesos de marzo de ese año, “la popularidad de Soler en la ciudad era tan extraordinaria entre la plebe” que el líder era seguido incondicionalmente y aclamado “con bacanal frenesí” aunque fuese derrotado.⁶² Cuando en junio Pagola intentó hacerse del poder recurrió a la fuerza de los “descamisados”, el “populacho que lo seguía”.⁶³ Ya en octubre Dorrego “había heredado la popularidad del fugitivo Soler [...] teniendo en su favor la gran mayoría de los proletarios de la ciudad”.⁶⁴

Los tres líderes mencionados se destacaron como militares y fue en el ejército, por el cual pasó una buena parte de la plebe urbana a lo largo de la década, donde comenzaron a tener influencia sobre la tropa.⁶⁵ Ahora bien, había muchos oficiales dirigiendo a los soldados plebeyos, que al igual que los tres aquí considerados obtuvieron victorias y derrotas. El prestigio militar de Soler, Dorrego y Pagola era importante pero no alcanza para explicar por qué eran ellos y no otros oficiales quienes tenían a parte de la plebe a su favor. ¿Qué los distinguía entonces?

Por un lado, ciertos rasgos carismáticos.⁶⁶ Dorrego ganó rápida fama de soldado valiente en las campañas del Alto Perú —“su resuelta bravura ha admirado a nuestras

⁶⁰ La primera denominación se encuentra en *Revolución y guerra...*; la segunda, en *De la Revolución...*

⁶¹ Es llamado “federal” por E. Barba en *Unitarismo, federalismo, rosismo*. Buenos Aires, CEAL, 1982; “confederacionista” en la tesis doctoral de F. Herrero: *Federalistas de Buenos Aires. Una mirada sobre la política posrevolucionaria. 1810-1820*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2000.

⁶² T. de Iriarte, *Memorias*, pp. 283 y 324.

⁶³ *Ibid.*, p. 325; J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.927.

⁶⁴ T. de Iriarte, *Memorias*, pp. 354 y 368.

⁶⁵ L. Sosa de Newton, *Dorrego*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1967. Los datos de Pagola y Soler están en Piccirilli (comp.), *Diccionario Histórico Argentino*, Buenos Aires, Ediciones Históricas Argentinas, 1954, tomos V y VI.

⁶⁶ El *carisma*, advierte James Scott, es un término que “tiene un sospechoso aire de manipulación”, es decir que puede ser tomado sólo como el gran magnetismo personal de un individuo, que hace que otros lo sigan. En cambio, dice Scott, el carisma es producto de la reciprocidad, son los otros los que atribuyen a una figura su carisma: por eso un personaje puede ser carismático en una cultura y no serlo en otra; véase J. Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven y Londres, Yale University Press, 1990, p. 221. Dos libros referidos a caudillos rioplatenses posteriores trabajan con el carisma

tropas”, decía su jefe en 1811⁶⁷— y en las devastadoras expediciones que comandó contra los artiguistas de Santa Fe y la Banda Oriental; su indisciplina —que le valió ser separado del ejército del Norte— y sus bromas a colegas lo hacían popular entre los soldados. Este tipo de actitudes parece haber sido fundamental en quienes tenían ascendiente sobre la plebe, como Pagola, descrito como desenfadado y enérgico, y Soler, conocido por su soberbia y muy respetado por haber organizado la defensa de Buenos Aires cuando la caída de Alvear.⁶⁸

Otro elemento decisivo para ganarse el favor de los plebeyos fueron ciertos gestos, como la cesión que hizo Soler de seis meses de sus sueldos y gratificaciones en beneficio de las familias perjudicadas por la guerra,⁶⁹ o su actitud hacia los sectores subalternos:

Soler desde su infancia, bien perteneciese a una de las primeras familias del país, siempre se acompañó con la escoria del pueblo [...] no se desdeñaba de alternar en los cafés con los mulatos, con la canalla más soez, que lo trataba de igual a igual.⁷⁰

Por su parte, Dorrego se mostraba tolerante hacia ciertos actos ilegales de sus soldados: en una campaña de 1820 contra los santafecinos, Dorrego y otros oficiales, entre los que estaba el general Lamadrid, se hallaban descansando durante un alto,

cuando pasan por delante de nosotros, como a dos o tres varas de distancia, dos o tres soldados de la escolta del señor gobernador Dorrego, tan cargados de pavos, patos y gallinas a las ancas de sus caballos, que venían cubiertos dichos hombres hasta más arriba de la cintura. Díceles Dorrego al pasar (haciendo con la mano la indicación de que eran robadas las aves) “las habrán comprado. ¿Cuánto les han costado a ustedes?”.

“Sí, mi general, nos han costado cinco”, le contestaron, repitiendo la misma acción del gobernador y en el mismo tono festivo en el que él les hizo la pregunta, y pasaron.⁷¹

en esta línea relacional, con muy buenos resultados: J. C. Chasteen, *Heroes on Horseback. A Life and Times of the Last Gauchos Caudillos*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995, y A. de la Fuente, *Children of Facundo: Caudillo and Gaucho Insurgency in the Argentine State-Formation Process. La Rioja, 1850-1870*, Durham University Press, 2000.

⁶⁷ El jefe era Eustoquio Díaz Vélez; cit. en Piccirilli, *Diccionario Histórico...*, tomo III, p. 206.

⁶⁸ T. de Iriarte y Beruti hablan con horror y desprecio de las características de Pagola. Brackenridge, enviado norteamericano, menciona la soberbia —penosa para él— de Soler (*La Independencia...*).

⁶⁹ A principios de 1820, en: AEC, serie IV, tomo IX, p. 54.

⁷⁰ T. de Iriarte, *Memorias*, vol. 3 (“Rivadavia, Monroe y la guerra argentino-brasileña”), Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1945, p. 4.

⁷¹ G. Aráoz de Lamadrid, “Memorias del general La Madrid”, tomo I, Campo de Mayo, Biblioteca del Oficial, 1947, p. 229.

El hecho provocó las protestas de los otros tres jefes, que fueron desestimadas por Dorrego. Este tipo de actitudes, claramente diferentes de las de otros oficiales —como se desprende del enojo de los demás (“en nuestra división no se comen aves”, dijo el ofuscado Lamadrid)—,⁷² eran importantes para conseguir la adhesión de los plebeyos. Dorrego habría también de vestirse con “todas las apariencias del más completo desaliño: excusado es decir que esto era estudiado para captarse la multitud —los descamisados—”.⁷³ No bastaba, entonces, con pertenecer al ejército para ser influyente, aunque indudablemente era crucial para lograr movilizaciones efectivas como las que lideraron Soler, Pagola y Dorrego en 1820: el carisma y los gestos hacia la plebe eran elementos decisivos.

El otro factor que hacía “populares” a estos líderes era la oposición que manifestaban a la moderada política de Pueyrredón para con los enemigos de Buenos Aires. Dorrego, Pagola y Soler reivindicaron la tradición guerrera de la primera etapa de la revolución, no sólo contra los españoles sino también contra los disidentes del Litoral y, sobre todo, la invasión portuguesa de la Banda Oriental, permitida tácitamente por el director supremo.⁷⁴ En el primer lustro revolucionario todos los gobiernos habían llevado adelante una política activa y belicista hacia los enemigos de Buenos Aires, y ahora que la actitud era más conservadora “empezó a desaparecer el prestigio del gobierno hasta en las masas”.⁷⁵ Ello contribuyó a identificar a los plebeyos con la facción que buscaba enraizarse en ese cercano pasado guerrero.

Ahora bien, esta identificación no alcanza para hablar de un “partido popular” antes de la caída del Directorio. De hecho, hasta 1820 los tres principales referentes de la plebe en ese año no se encontraban en Buenos Aires. Aunque lograron un acentuado liderazgo sobre la plebe, y fueron un antecedente de la facción dorreguista de la década de 1820, más cercana a un “partido popular”, hay otros dos factores a tener en cuenta para entender la participación política de la plebe porteña. Uno es el rol de

⁷² Aráoz de Lamadrid, “Memorias...”, p. 230.

⁷³ T. de Iriarte, *Memorias*, vol. 3, p. 216. La cita se refiere a cuatro años más tarde, pero es un buen indicador de una práctica que pudo haber sido previa.

⁷⁴ Gran parte de esta lucha discursiva se libró desde las páginas de *La Crónica Argentina*, publicada entre agosto de 1816 y febrero de 1817 (véase en *BM*, tomo VI). El enviado norteamericano Brackenridge comentó que en 1817 “se daba a entender que una revolución, como las llaman, estaba a punto de producirse, teniendo por fin principal hacer la guerra contra Portugal”; véase E. M. Brackenridge, *La Independencia...*, p. 286. Tres años después, otro norteamericano, John Forbes, percibiría la vigencia de la oposición a los portugueses, cuando observó que en la disputa entre las facciones políticas al finalizar 1820, “la gran carnada que ambas partes exhiben para conquistar popularidad, es una guerra con Portugal, para reconquistar la Banda Oriental”, para añadir que este hecho “es el gran talismán de popularidad en estas Provincias y aquellos que consiguieran estar al frente del gobierno cuando esas hostilidades se iniciaran, adquirirían, sin duda, una autoridad de gran solidez y permanencia”; cartas escritas el 29 de enero y el 9 de febrero de 1821, en J. Forbes, *Ocho años en Buenos Aires (1820-1831)*, Buenos Aires, Emecé, 1956, pp. 88 y 89.

⁷⁵ T. de Iriarte, *Memorias*, vol. 1, p. 170.

ciertos individuos “intermedios” que articulaban la relación entre los plebeyos y aquellos líderes. Pese a que han sido poco investigados, su papel fue crucial: los alcaldes de barrio y sus tenientes, los oficiales de policía, algunos pulperos y, sobre todo, los capitanes milicianos aparecen en lugares de la dirigencia en todos los movimientos políticos en los que se involucraron plebeyos en las luchas facciosas; sabían escribir y eran llamados “don”, aunque no eran parte de la elite. Un buen ejemplo lo constituyen los capitanes del segundo tercio cívico Epitacio del Campo, uno de los firmantes del petitorio antimorenista del 6 de abril de 1811, y Genaro Salomón: participaron de intentos de levantamiento contra el Directorio de Pueyrredón y fueron cabecillas de las movilizaciones milicianas de 1820 (véase *infra*); un miembro de la elite los llamaba “tribunos de la plebe”.⁷⁶

Pero el eje principal de la participación plebeya parece haber estado en el decisivo rol de una de las corporaciones más antiguas de la ciudad: el Cabildo de Buenos Aires, la única institución colonial que sorteó casi indemne los cambios de la década abierta por la Revolución. Mantuvo su importancia, su lugar de órgano de representación del Pueblo, su capacidad de convocar a Cabildo Abierto y de ocupar el gobierno en caso de acefalía (funciones que cumplió repetidas veces en el período), y logró además acrecentar sus atribuciones en ciertas áreas.⁷⁷

El ayuntamiento representaba a los vecinos de Buenos Aires (se autodenominaba el “inmediato representante de esta Ciudad Capital”),⁷⁸ aunque no de manera directa, ya que en el período colonial el cuerpo era designado por su antecesor y en 1815 pasó a ser elegido por elecciones de segundo grado. Si bien incluía en su composición a un grupo limitado de la población, se diferenciaba de otras corporaciones por el hecho de que su gobierno alcanzaba a todos los habitantes de su territorio y no sólo a sus integrantes —como ocurría por ejemplo con una cofradía—; era el encargado de administrar el “bien común”.⁷⁹ En sus sesiones, llamadas “acuerdos”, se explicitaba una intención

⁷⁶ T. de Iriarte, *Memorias*, vol. 1; lo hace repetidas veces, por ejemplo en la p. 244 para Del Campo y en la 271 para Salomón. También sostuvo que Del Campo era “el hombre de más ascendiente en el segundo tercio”. T. de Iriarte, *Memorias*, vol. 3, p. 244, y vol. 1, p. 275. El petitorio de 1811, en *GBA*, ob. cit., p. 281; un intento de levantamiento en 1819 del que participaron estos capitanes en *AGN*, X, legajo 30 I 5, *SM*, 641. En la década siguiente Del Campo continuó actuando en la milicia y fue invitado en 1823 a tomar parte en la llamada Conspiración de Tagle por su ascendencia sobre los cívicos [*AGN*, X, 13 3 6]; fue más tarde juez de paz de una parroquia urbana [*AGN*, X, 32 11 3] y alcanzó a ser jefe de la policía en 1833 [*AGN*, X, 16 3 4 - Policía]. El capitán Salomón fue ajusticiado en 1820 pero su hermano, pulpero como él, tomó su nombre y posteriormente fue el líder de la rosista Sociedad Popular Restauradora; véase Quiroga E. Micheo, “Los mazorqueros ¿gente decente o asesinos?”, en: *Todo es Historia*, núm. 308, 1993.

⁷⁷ Sáenz Valiente, *Bajo campana...*

⁷⁸ *AEC*, serie IV, tomo VI, p. 45.

⁷⁹ A. Lempérière, “República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)”, en: F. X. Guerra, A. Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE, 1998.

constante de promover lo que fuera “de mayor conveniencia al bien publico”.⁸⁰ Así, cuestiones como el abasto de alimentos para la ciudad fueron una preocupación central de los capitulares a lo largo de toda la década, en particular los recaudos para “que nunca se verifique que el publico sufra escasez de carne” ni que hubiese problemas con el pan (causantes de tumultos varios en otras ciudades iberoamericanas y europeas contemporáneas).⁸¹ El Cabildo también vestía a los presos, pagaba pensiones a viudas y huérfanos de caídos en la guerra, asistía a familias que sufrían una inundación, promulgaba los bandos destinados a la población, sus funcionarios daban discursos en ocasión de las celebraciones públicas —que como se vio eran preparadas por el ayuntamiento— y era también la autoridad inmediata sobre los alcaldes y tenientes de barrio, de llegada directa a los habitantes de los cuarteles urbanos y suburbanos.⁸²

No es posible saber exactamente cómo evaluaban los plebeyos las acciones del ayuntamiento, pero todo lo antedicho parece haber sido percibido exactamente como el Cabildo lo planteaba: la atención del *bien común*. No es extraño entonces que los miembros de la plebe se dirigieran a la corporación municipal cuando fueron convocados a la movilización política (a la que además muchas veces concurrían en tanto milicianos, y cuyo brigadier era precisamente el ayuntamiento): la percibían como una autoridad legítima que tenía por función ocuparse del bienestar de toda la comunidad, es decir, también del suyo. De ahí la noción del Cabildo como “padre” de la población. En México se llamaba “padres de la Patria” a los capitulares,⁸³ rol paternal que asimismo existía en el imaginario porteño. El propio Cabildo lo expresaba con claridad en 1813: había que incluir en las fiestas mayas más “demostraciones que produzcan bienes reales al Pueblo y le hagan conocer las ventajas de un gobierno Paternal”.⁸⁴ Aparentemente la idea también se extendía entre la sociedad:

El Cabildo era la autoridad más inmediata del pueblo, era la cabeza, el padre, y sus hijos como a tal lo adoraban, lo respetaban, le tributaban un culto voluntario, una devoción exaltada.⁸⁵

⁸⁰ Véase el uso de esta frase en *AEC*, serie IV, tomo VI, p. 433. Pero existen varias formulaciones similares, como evitar lo que “pudiera resultar perjuicio al publico” (ibid., tomo V, p. 223).

⁸¹ *AEC*, serie IV, tomo V (1812-1813), p. 601. Los acuerdos en cuestiones del abasto de carne y trigo son muy numerosos. Véanse por ejemplo *AEC*, serie IV, tomo IV (1810-1811), pp. 280, 315, 675, 709, 719, 723, tomo V, pp. 223, 441, 466, 617, 622 (en el que se expresa la preocupación de “acallar el clamor del Pueblo” que genera la escasez); tomo VI (1814-1815), pp. 28, 62, 135, 398, 405; tomo VII (1816-1817), pp. 500, 528, 547, 572, 583; tomo VIII (1818-1819), pp. 36, 41, 137, 172, 219, 383, 391, 412.

⁸² Véanse *AEC*, serie IV, tomo V, pp. 104 y 174; tomo VII, 87, 189, 434, 636; asistencia a inundados de Barracas, en tomo VII, pp. 330-334, 355 y 384; un discurso del regidor Álvarez Jonte en mayo de 1812, en *AEC*, tomo V, p. 216; los bandos, en *AGN*, X, 44 6 7 y 44 6 8, Gobierno; todos los comienzos de año se empleaba bastante tiempo en el nombramiento de los alcaldes de barrio.

⁸³ A. Lempérière, “República y publicidad...”.

⁸⁴ *AEC*, serie IV, tomo V, p. 565.

⁸⁵ T. de Iriarte, *Memorias*, vol. 3, p. 31.

Durante los conflictos de 1820, un oficial sostuvo que “el Excelentísimo Cabildo es nuestro Padre, y á el solo debemos obedecer”.⁸⁶ Esta función paternal del Cabildo de Buenos Aires parece haber sido decisiva para asegurarle la lealtad de la plebe y ayuda a explicar su constante conexión a lo largo de los diez años considerados en este trabajo. Relación fundamental: todas las peticiones de los movimientos contemplados en la sección anterior se enviaron a la institución municipal. Así ocurrió en las jornadas del 5 y 6 de abril de 1811 –cuando, además, los plebeyos concurren liderados por los alcaldes de barrio de los cuarteles suburbanos–, y en las de septiembre de 1811 y octubre de 1812; en 1815 fue el Cabildo el que condujo la resistencia a Alvear (cuando la institución convocaba al pueblo con su campana, el grueso de los porteños acudía a su llamado). Fue asimismo el referente de las agitaciones de 1820, que se abordarán más adelante. La tradicional corporación se volvió, en tanto institución y más allá de los nombres de sus cambiantes integrantes, en la articuladora de una novedad: la participación política de la plebe urbana.

e) Los motines “autónomos”

Buena parte de la tropa para los ejércitos que el gobierno central utilizó para combatir a los realistas o a los artiguistas se reclutó en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Las primeras divisiones del ejército regular creado en 1810 se formaron con base en las milicias surgidas de las invasiones inglesas, en las que servía una porción de la plebe urbana. Más tarde, la ampliación del ejército implicó el alistamiento de vastas cantidades de habitantes de otras regiones del ex virreinato, muchos de los cuales fueron enviados a servir a Buenos Aires, pero también acentuó la presión reclutadora sobre los sectores bajos de ésta. Los miembros de la plebe porteña fueron asimismo un componente sustancial de los nuevos tercios cívicos en que se dividió la milicia urbana una vez profesionalizado el ejército, en la cual debían servir todos los adultos vecinos o vecindados. Los tercios, originalmente organizados conforme a las zonas de la ciudad, se separaron en un primero con una alta proporción de “gente decente”, un segundo formado sobre todo por plebeyos de los suburbios y un tercero integrado por pardos y morenos libres.⁸⁷

⁸⁶ AGN, X, 29 10 6, SM - Conspiración del 1º de octubre de 1820, p. 279.

⁸⁷ Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*; Félix Best, *Historia de las guerras argentinas*, Buenos Aires, Peuser, 1960.

Tanto en el ejército como en la milicia los plebeyos ocupaban los cargos más bajos de la jerarquía militar: eran soldados, cabos y sargentos. Se los reconoce en la documentación por no llevar el "don" antes de su nombre, por ser casi unánimemente analfabetos y por sus ocupaciones (peones, jornaleros, zapateros, "de oficio ninguno", etc.). Ser sargentos era el límite para su ascenso –salvo excepciones–; generalmente los oficiales más altos debían saber escribir y esto constituía una barrera para la gran mayoría de la plebe.⁸⁸

La experiencia militar hizo aparecer lazos horizontales inexistentes previamente entre los miembros de la plebe, que empezaron a identificarse como integrantes de un mismo cuerpo: orgullosos granaderos, orgullosos cazadores, o húsares o cívicos. Esta identificación interior con los cuerpos militares devino en rivalidades entre los diferentes regimientos, y en frecuentes riñas entre ellos.⁸⁹ De estas identidades nuevas surgieron al mismo tiempo gavillas de desertores y/o ladrones –no trataré aquí este tema por falta de espacio–, que se convirtieron en una característica de la década en la ciudad y la campaña.⁹⁰

Otra consecuencia de esta convivencia militar fue la aparición de lo que denomino "motines autónomos": movimientos con objetivos concretos, promovidos y liderados por sargentos, cabos y soldados, sin intervención de miembros de la elite. El primero fue protagonizado por el Regimiento de Patricios (pese a su nombre, compuesto "en su mayor parte de jornaleros, artesanos y menestrales pobres" oriundos de Buenos Aires)⁹¹ en diciembre de 1811, en un intento de resistir cambios disciplinarios impuestos por el nuevo comandante Manuel Belgrano cuando comenzaba el proceso de profesionalización del ejército. Entonces,

se levantaron los sargentos, cabos y soldados, desobedecen a sus oficiales, los arrojan del cuartel, insultan a sus jefes, y entre ellos mismos se nombran comandantes y oficiales, y se disponen a sostener con las armas, sus peticiones, que hicieron al gobierno por un escrito presentado, en donde pedían una tracalada de desatinos, imposibles de ser admitidos, siendo entre ellos la mudanza de sus jefes, y nombrando a su arbitrio otros.⁹²

⁸⁸ El cargo de sargento 2º era el límite para los analfabetos, mientras que los sargentos 1º sabían escribir. Esto se explicita en un juicio en AGN, X, 29 9 6, SM, p. 22.

⁸⁹ Los casos de "quirmeras" entre integrantes de distintos cuerpos son muchos; véanse como ejemplo AGN, X, legajos 29 9 6, 30 3 4 y 30 1 4, SM.

⁹⁰ Como ejemplos consigno a la banda de soldados detenida por robar una pulpería céntrica (AGN, X, 29 11 5, SM, p. 371) y la tropa a bordo de una fragata que saqueó a un lanchón en el Río de la Plata (AGN, X, 29 9 6, SM, p. 33).

⁹¹ Razón por la cual el Cabildo les costeó trescientos uniformes a poco de formado el regimiento. en J. Beverina, *El Virreinato de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Su organización militar*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1992, p. 336.

⁹² J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, 3809.

La reacción de las autoridades fue eficaz y muy veloz. Tras ver rechazadas las propuestas de rendición atacaron con otras tropas el cuartel donde se atrincheraban los patricios, obligándolos a rendirse tras un violento combate.⁹³ No hubo miembros de la elite conduciendo a la tropa, sino que fueron plebeyos (sargentos, cabos y soldados) quienes dirigieron la protesta y decidieron usar las armas. A esto obedecieron la rapidez de la reacción del gobierno y el decidido ataque a poco de haber comenzado el levantamiento, así como la fuerte represión: los diez cabecillas fueron “degradados, pasados por las armas, puestos á la espectacion pública”; a otros se los sancionó con penas carcelarias.⁹⁴ El regimiento, el más prestigioso de Buenos Aires, fue disuelto y el término “patricios” fue extendido a todas las tropas.

Durante toda la década, la respuesta de las autoridades a estos motines fue veloz y contundente. Un intento de rebelión de los granaderos de infantería en 1814 fue violentamente castigado con el fusilamiento de tres cabecillas a dos horas de haberse iniciado. También se reaccionó rápidamente ante los motines de los cívicos y la compañía de pardos y morenos durante 1813, el de los artilleros en 1815, el del ejército de observación en 1816 y el de los granaderos presos en Martín García en 1818.⁹⁵ En todos estos motines los líderes fueron sargentos, cabos y soldados; el origen fue siempre algún reclamo concreto, pagos atrasados o algún derecho no respetado por las autoridades, y nunca superaron el marco de un solo regimiento, pero provocaron preocupación en los sucesivos gobiernos y evidenciaron la tensión que causaban entre la elite las acciones plebeyas.

El más significativo de los “motines autónomos” fue el ocurrido en enero de 1819, cuando, ausente la guarnición de Buenos Aires por haber ido a combatir a los artiguistas a Santa Fe, el tercer tercio cívico, integrado por pardos y morenos, fue convocado por el Cabildo para acuartelarse, lo cual iba en contra de la tradición de la milicia hispánica de realizar el servicio sin abandonar la residencia en los domicilios particulares.⁹⁶ Rumores y carteles contra la medida comenzaron a circular en el cuartel del tercio y los sargentos, cabos y soldados se negaron a acudir a la plaza en que el Cabildo planeaba realizar la revista de las tropas y el anuncio. En cambio, negociaron hacer el encuentro en la Plaza Monserrat (en una zona habitada por gran parte de la población negra de la ciudad). Allí,

⁹³ J. P. y W. P. Robertson. *Cartas...*, vol. 3, p. 168.

⁹⁴ *GBA*, ob. cit., tomo III, p. 49. Fueron ahorcados cuatro sargentos, dos cabos y cuatro soldados. Otra docena de insurrectos fueron condenados a distintas penas de prisión.

⁹⁵ En orden de exposición: Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3, 859; AGN, X, 30 2 2, *SM* - letras “P-Q”, 725; AGN, X, 30 1 3, *SM* - letra “M”, 595; AGN, X, 30 1 3, *SM* - letra “M”, 603; AGN, X, *SM*, 30 3 4 - letras “S-T”, 875.

⁹⁶ J. Marchena Fernández, *Ejército y milicias en el mundo colonial americano*, Madrid, Mapfre, 1992. Para las milicias en Buenos Aires véase C. Cansanello, “Las milicias rurales bonaerenses entre 1820 y 1830”, en: *Revista de Historia Regional*, núm. 19, UNLU, 1998.

luego que llegaron a esta dispuso el Exmo Cabildo que se formase quadro lo que se verificó y entrando el Cabildo en el Señor Alcalde de Primer Voto tomó la voz y arengó al Tercio haciéndole saber la resolución Suprema y las razones poderosas que había para disponer el que se aquartelasen al Sueldo, a lo que todos contestaron tumultuosamente que no querían siguiéndose a esto una descompasada gritería la que obligo a hacer tocar un redoble imponiendo silencio: que entonces dispuso el Exmo Cabildo que por medio de los Sargentos y Cavos se presentasen y dijese cuanto querían decir pero que se sosegasen y guardasen silencio: que a esto salieron varios cabos y sargentos y hicieron presente que de ningún modo querían los ciudadanos consentir en ser aquartelados que estaban haciendo un Servicio bastante activo pero que si era de necesidad aun se les pensionase mas que lo harían gustosos menos permitir el ser aquartelados: que a esto accedió el Exmo Cabildo y entonces el Sargento Mayor despues de tomar la venia correspondiente mando desfilir la compañía de Granaderos y a los demas sobre esta para que se retirasen pero que aunque así lo verificaron al poco rato se sintió un tiro a este se siguieron barios unos con bala y otros sin ella como dando a saver que ya habían sido prevenidos.⁹⁷

Según un cabo que cumplió un rol activo en la protesta “la compañía de Granaderos quería seguir haciendo el Servicio como antes, y que aun les recargasen el Servicio si esto era necesario pero que no combenian en ser aquartelados”,⁹⁸ mientras que un soldado comentó a su ofuscado capitán: “no es tumulto [...] queremos pedir lo que es de derecho”,⁹⁹ Otro sostuvo que en la plaza nadie lo impulsó a gritar, sino que “grito y desobediencia por su propio motivo y por seguir a los demas siguió con la grito y oposicion”.¹⁰⁰

Los acontecimientos no finalizaron con los hechos de la Plaza de Monserrat, sino que un grupo comenzó a organizar una reunión armada por la noche para continuar con la oposición a la medida. El conflicto dio lugar también a expresiones radicales: algunos querían “resistir el que los desarmasen y para irse acia las quintas”¹⁰¹ (“sus miras se adelantaban a más altos fines”, diría Beruti).¹⁰² Un oficial arrestó al negro Santiago Manul, “quien en mi presencia exortaba a los negros a que murieran en Defensa de su causa, ablando mil iniquidades del Gobierno y demas autoridades”,¹⁰³ información corroborada por un tendero, quien declaró que

⁹⁷ AGN, X, 30 3 3, SM, declaración del teniente coronel Don Nicolás Cabrera. El capitán Sosa agregó que la mayoría habló “con modos al Exmo Cabildo menos el cabo Duarte que hasta llegó el extremo de quererle meter la mano por los ojos al Señor Alcalde”.

⁹⁸ AGN, X, 30 3 3, declaración del cabo Pedro Duarte.

⁹⁹ AGN, X, 30 3 3, declaración del capitán Sosa.

¹⁰⁰ AGN, X, 30 3 3, declaración de un granadero del cual no consta el nombre, que era carpintero. Es llamativo que en una causa alguien asumiera su actuación de ese modo, cuando en general, al encontrarse ante los jueces, los acusados o testigos intentaban desligarse de lo ocurrido; véase A. Farge, ob. cit.

¹⁰¹ AGN, X, 30 3 3, SM, declaración del granadero Seguroola.

¹⁰² J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.910.

¹⁰³ AGN, X, 30 3 3, SM. Informe al Gobernador Intendente.

habiendo visto reunidos en la puerta de mi tienda varios negros changadores ablandado del suceso acaecido el 4 fixe mi atencion y presencie, que el negro Santiago Manuel, con mucha energia, y bastante insolencia, mientras los otros estaban callados les decia "aquí, no tenemos Padre ni Madre, vamos a morir en defensa de nuestros derechos. El Gobierno es un ingrato, no atiende a nuestros servicios, nos quiere hacer esclavos, yo fui con seis cartuchos al cuartel y por el momento conseguí quien me diese muchos", agregando a esto mil expresiones que la decencia no me permite estampar.¹⁰⁴

Aunque nadie terminó muriendo *en defensa de sus derechos*, la idea circuló entre miembros de la plebe —*negros changadores*—. Santiago Manuel reclamaba por los *derechos* no respetados y acusaba al gobierno de *ingrato*, ¿por qué ingrato? *No atiende a nuestros servicios*. Es decir, no reconocía lo que era de costumbre, pero tampoco el papel que ellos habían cumplido en los nueve años de revolución y de guerra. Al identificar el acuartelamiento con la esclavitud —*nos quiere hacer esclavos*—, se realzaba el antagonismo con el gobierno (sobre todo ante un auditorio compuesto por negros).

La reunión nocturna se efectuó en el hueco de la Concepción —también en la zona de residencia de los morenos—, pero los asistentes fueron desarmados y presos por cívicos de caballería y vecinos. El hecho de que se tratara de un cuerpo integrado por negros sin duda ayudó a crear un temor que movilizó a aquellos últimos, pero hay que enfatizar que las razones del conflicto no estuvieron relacionadas con la cuestión étnica sino con el derecho de los milicianos. El gobierno, extremadamente debilitado hacia el fin de la década, sólo hizo las averiguaciones pertinentes pero esta vez no condenó a nadie. Éste fue el último motín autónomo durante la existencia de ese gobierno central. El siguiente, que ya se daría en 1820 en combinación con la otra práctica de intervención plebeya, tendría efectos importantes en la escena política.

3. OCTUBRE DE 1820: MIEMBROS DE LA PLEBE EN ARMAS

El derrumbe del Directorio tras la batalla de Cepeda dio lugar a una etapa de fuerte conflicto político en Buenos Aires. Ante el avance de las tropas santafecinas y entrerrianas que siguió a aquel combate, la población porteña fue convocada por el Cabildo para defender la ciudad. Varios miembros de la plebe, dentro de las mi-

¹⁰⁴ AGN, X, 30 3 3. SM, declaración de Manuel de Irigoyen.

licias y los restos del ejército, ocuparon el centro de la escena al instalarse masivamente en la Plaza de la Victoria y sus cercanías; Soler era en ese momento su referente. En junio se repitió la situación ante un nuevo ataque de Estanislao López (acompañado por Carlos de Alvear); incluso cuando éste fracasó en tomar Buenos Aires, la agitación continuó al levantarse el coronel Pagola y hacerse con el poder durante un par de días, apoyado por “los exaltados descamisados –los cívicos–”.¹⁰⁵

Pero la más importante de las intervenciones de la plebe se dio en octubre, cuando, tras haber sido rechazada la invasión santafecina a la provincia, la flamante Junta de Representantes decidió nombrar gobernador a Martín Rodríguez. La pertenencia de este oficial al régimen directorial recién derrumbado generó entre los milicianos de la ciudad un descontento que estalló el 1° de octubre, cuando el segundo y el tercer tercio cívico, más el batallón fijo (del ejército regular), se sublevaron dirigidos por sus jefes. Se pronunciaron en contra de la facción directorial y marcharon de los cuarteles de Retiro a la Plaza de la Victoria, lugar que tomaron tras un breve combate. Rodríguez huyó y el Cabildo se hizo cargo de la situación, desconociendo el nombramiento de aquél. Se organizó un Cabildo Abierto en el que imperó el desorden, mientras Rodríguez organizaba fuerzas en la campaña y avanzaba sobre la ciudad reforzado por las tropas del comandante de milicias Juan Manuel de Rosas. Los cívicos se atrincheraron en la plaza principal y se dispusieron a resistir.

Este episodio, además de un enfrentamiento entre sectores de la elite, fue el momento culminante de la participación de la plebe urbana en el proceso político de Buenos Aires que ahora concluía. No eran ya los pasivos grupos que acompañaron en 1811 a los alcaldes de barrio a la Plaza de la Victoria, sino un actor que había vivido una década de política y de participación en la milicia y el ejército. Esa experiencia permitió a los miembros de la plebe, en la precaria legitimidad y el gran desorden de 1820, ocupar temporariamente un importante lugar en la escena política. Esto se hizo patente para la elite, que expresó esta vez una preocupación más marcada que en anteriores “irrupciones” plebeyas.

Los integrantes de las milicias y el batallón fijo no fueron los únicos plebeyos que tomaron parte del levantamiento, sino que también se agregaron otros: se denunció que un esclavo que trabajaba en una panadería “fugó en la revolución del 1° de octubre [...] y se incorporó entre las gentes que se hallaban en la Plaza”.¹⁰⁶ La presencia plebeya en las calles porteñas adquiría una dimensión nueva, que alarmó al cronista Beruti:

¹⁰⁵ T. de Iriarte, *Memorias*, vol. I, p. 325.

¹⁰⁶ Pertenecía a D. Pedro Bureñigo. AGN. X, 12 4 4, Solicitudes militares, 1821.

¹⁰⁷ J. M. Beruti, *Memorias curiosas...*, p. 3.933.

La patria se ve en una verdadera anarquía, llena de partidos y expuesta a ser víctima de la ínfima plebe, que se halla armada, insolente y deseosa de abatir a la gente decente, arruinarlos e igualarlos a su calidad y miseria.¹⁰⁷

La decisión de los plebeyos se explicitó en la resolución del conflicto. Los líderes del levantamiento —entre otros Pagola e Hilarión de la Quintana— depositaron sus esperanzas en que Dorrego, quien recién había retornado del exilio que le impusiera Pueyrredón y había gobernado por unos días, que era a quien los cívicos querían como gobernador,¹⁰⁸ acudiese a la ciudad con sus tropas y asegurara su triunfo. Sin embargo, Dorrego acató lo resuelto por la Junta de Representantes, empujando a los capitulares y los jefes militares del alzamiento —que se vieron perdidos— a buscar un pacto con Rodríguez, quien había entrado a Buenos Aires con sus fuerzas y se disponía a atacar la Plaza de la Victoria, único punto controlado por los cívicos.¹⁰⁹ Se realizaron negociaciones pero Rodríguez quería la rendición incondicional de los que ocupaban la plaza.¹¹⁰ Hilarión de la Quintana se entrevistó con el gobernador y quiso luego convencer a los de la plaza para que marcharan hacia los cuarteles de Retiro:

Me dirigí a la recova, y hablando con firmeza y resolución a los cívicos, les hice presente la necesidad que había evitar más derramamiento de sangre, y ellos, demostrando mucha oposición, se resistían al abandono de sus puestos [...] Don Ángel Pacheco contuvo a un cívico que me iba a tirar.¹¹¹

Mientras intentaba persuadirlos, Rodríguez atacó de improviso con su caballería y los cívicos comenzaron a resistir sin esperar órdenes:

El oficial Gaeta, estaba conteniendo los cívicos del Terser tercio, que cargaban las armas sin su conosimiento y que parecía no le obedecían.¹¹²

Otro oficial no pudo “contener a la gente y privar que se siguiese el fuego que ellos havian empesado sin su orden por hallarse comiendo”,¹¹³ mientras que De la Quintana fue llamado “traidor” y varios cívicos hicieron fuego sobre él, pero se

¹⁰⁸ Así lo expresó Hilarión de la Quintana en “Manifiesto del coronel don Hilarión de la Quintana, para justificar su conducta en los acaecimientos de los días 3, 4 y 5 de octubre de 1820, en la ciudad de Buenos Aires. Copiado de los números 8 y 9 del Restaurador Tucumano” (de 1821), en: *Biblioteca de Mayo*, tomo II, vol. 2, p. 1.398.

¹⁰⁹ C. Heras, “Iniciación del gobierno de Martín Rodríguez. El tumulto del 1° al 5 de octubre de 1820”, en: *Humanidades*, La Plata, FHyCE, UNLP, 1927, tomo VI.

¹¹⁰ Lamadrid, ob. cit., p. 248.

¹¹¹ H. de la Quintana, ob. cit., p. 1.400.

¹¹² Declaración de un oficial del Presidio que combatió contra los alzados, en AGN, X, 29 10 6, SM.

¹¹³ Declaración de Epitacio del Campo (que intentaba desligarse de los hechos), en AGN, X, 29 10 6, SM.

salvó.¹¹⁴ A otro oficial se le ordenó "que todos se retirasen, y no obediéndolo los demas, lo executó el que confiesa".¹¹⁵ Tras un primer combate, hubo nuevas tratativas de rendición con los cívicos, pero

en vano algunos de su jefes y los parlamentarios Álzaga y Sauvidet manifestaban a la chusma despechada que serían pasados a cuchillo: ella les amenazaba fusilarlos si no se retiraban.¹¹⁶

La lucha continuó de forma cruenta, y causó entre trescientos y cuatrocientos muertos, hasta que los cívicos fueron derrotados.¹¹⁷

El desenlace del conflicto ilustra el grado de movilización a la que había llegado una parte de la plebe urbana: los jefes querían negociar, la tropa no. La firmeza del gobernador para forzar la represión es otro dato clave: el peso de ella recayó en la tropa y no en sus líderes. Es que la inestabilidad política que aquella significaba era el principal enemigo de los ex directoriales en octubre de 1820. Los sectores dominantes de la economía, que necesitaban la paz para intentar una prosperidad que parecía posible, buscaron eliminar todo foco de desorden y en su enfrentamiento con el sector más "aventurero" surgido de la Revolución (la facción que contaba con apoyo popular) atacaron a lo que lo volvía peligroso: la plebe.¹¹⁸ Porque el principal resquemor que los militares y publicistas que formaban ese grupo causaban a lo más granado de la elite respondía a su posibilidad de movilizar a su favor a una porción de la plebe. De ahí que esa elite volcara su peso para procurar la victoria de Rodríguez y que las tropas de la campaña entraran en la ciudad, librando una batalla que llama la atención por lo sangrienta.

¿Cómo se explica la resistencia que la tropa miliciania (y la del batallón fijo) efectuó frente a la voluntad negociadora de sus jefes? A diferencia de los anteriores motines militares dirigidos por plebeyos, en 1820 la motivación mayor provino de la política. Las razones del apoyo al Cabildo y a los oficiales que lideraron la asonada han sido esbozadas arriba. Ahora bien, esto no explica la resistencia de la tropa cuan-

¹¹⁴ H. de la Quintana, ob. cit., p. 1.401.

¹¹⁵ Fue el tambor Felipe Gutiérrez. Los jueces no le creyeron que se hubiese retirado y lo condenaron a muerte, pero es destacable que existió una orden no obedecida. En AGN, X, 29 10 6, SM - Conspiración del 1º de octubre de 1820, p. 275.

¹¹⁶ "Carta de José María Roxas a Manuel José García" (15 de octubre de 1820), en: A. Saldías, *Buenos Aires en el Centenario*, Buenos Aires, Hyspamérica, tomo 1.

¹¹⁷ Según Iriarte, fueron 300 [*Memorias*, vol. 1, p. 368]; la otra cifra la dio Forbes [*Once años...*, p. 85]. En ambos casos se trata de un número alto para la población de la ciudad.

¹¹⁸ No me ocupo aquí de los motivos de la disputa facciosa intraelite en 1820. Éstos han sido explorados por F. Herrero, quien ubica el conflicto en el enfrentamiento entre confederacionistas y centralistas, proveniente de la década previa; en "Una revolución federal en Buenos Aires: octubre de 1820", cap. 8 de su tesis doctoral, ob. cit.

do el Cabildo y los oficiales iniciaron tratativas. Aquí hay que centrarse en la experiencia de los diez años de guerra y politización, en las nuevas identidades generadas en el ejército y la milicia. En un año tan complejo como 1820, donde hubo por momentos vacíos de poder, la plebe enrolada en los cuerpos militares tomó como propias las posiciones políticas de los capitulares y los oficiales de la oposición, y luego de una experiencia de diez años de prácticas de movilización, llegó a defenderlas intransigentemente más allá de la voluntad de sus dirigentes. Este fenómeno superó el ámbito militar, según se percibe en el caso del esclavo fugado para incorporarse a los amotinados. Es que la politización había alcanzado a una buena parte de la sociedad porteña, lo que se percibe en la aparición de algunas peleas entre plebeyos por motivos políticos, como la que envolvió a dos clientes de una pulpería por criticar uno y defender el otro a Artigas o la que se dio entre dos soldados por haber insultado uno de ellos al gobierno.¹¹⁹ También se advierte en la circulación de rumores, que hacían que una conspiración facciosa se descubriese a raíz de lo que un “dependiente” escuchara en una barbería o lo que un pulpero oyera hablar mientras trabajaba, y en la entonación de cantos patrióticos —mezclados con “expresiones indecentes”— por parte de niños y jóvenes a los que se recibía en las pulperías (para preocupación del Cabildo).¹²⁰ Otros datos son la sorpresa de un visitante norteamericano por la gran circulación de periódicos y por la actitud de quienes los compraban: “si no saben leer, requerir del primero que encuentren el hacerles ese favor”,¹²¹ o el uso por parte de plebeyos de elementos de la nueva realidad, tal como hizo exitosamente la esposa del granadero negro Manuel Pintos, cargado con grillos durante el proceso por la conmoción de los cívicos de 1819, para pedir que se los sacaran:

Yo entiendo, señor Exmo. que esas duras prisiones que había antes inventado la Tirania, como instrumentos a proposito para afligir la humanidad, las tienen ya proscritas y detestadas solemnemente nuestras Leyes Sabias, y liberales, adoptando solo las que puedan bastar a la seguridad de un reo de consecuencia.¹²²

En octubre de 1820, la presencia de la plebe inquietó verdaderamente a la elite y de ahí la alegría de quienes triunfaron (además de que parece haberse vivido un fogonazo de temor social —al saqueo, al “desorden”— entre la gente decente):

¹¹⁹ “Sumario formado contra Aniceto Martínez...”, AGN, X, 27 4 2a. Causas Criminales 1816-1822; AGN, X, 30 2 1, SM.

¹²⁰ Véase la denuncia de una conspiración contra la reunión de la Asamblea de 1813 en AGN, X, 29 9 8, SM, 83^a; para los cantos patrióticos véase AEC, serie IV, tomo V, p. 294 (19 de agosto de 1812).

¹²¹ “Carta de M. Rodney al Secretario de Estado”, en: E. M. Brackenridge, *La Independencia...*, p. 332.

¹²² AGN, X, 30 3 3, SM. Obviamente se recurría, en estos casos, a letrados que redactaban las peticiones.

Esta ha sido la feliz terminación del 5; pero ¿cuál habría sido si vencen los contrarios? En pocas palabras: 1º El saqueo de Buenos Aires, pues la *chusma* estaba agolpada en las esquinas envuelta en su poncho, esperando el éxito; y si la intrepidez de los colorados no vence en el día, esa misma noche se les unem 4 ó 6 mil hombres de la *cana-lla* y es hecho de nosotros [subrayado original].¹²³

Pronto se iniciaron sumarios a los oficiales implicados, que en su mayoría no fueron inculcados, mientras que Pagola se fugó a Montevideo y De la Quintana fue perdonado. Entre los escasos condenados estuvo el ya mencionado capitán Epitacio del Campo (a prisión en las Islas Malvinas), quien buscó desvincularse de lo acaecido sosteniendo que participó obligado por la tropa y aceptó “por considerarse capaz de impedir los desordenes que pudieran ocasionarse, y se amenasaban, con el influxo que sobre ellos tenia”. Dijo que al concluir el levantamiento no se presentó ante las autoridades porque “temeroso de ser insultado por la plebe trató de ocultarse en su casa”.¹²⁴ Aunque hubo dos líderes condenados a muerte,¹²⁵ la represión fue más fuerte con los miembros de la plebe que con los conductores, dado que las penas para éstos fueron escasas pero la matanza de la tropa en la Plaza de la Victoria fue importante. Rodríguez se consolidó como gobernador y, poco después, el Cabildo dejó de tener jurisdicción sobre las milicias cívicas.

Lo que la elite quería destruir era la movilización plebeya a favor de una facción: “si entre nosotros hay alguno, como ha habido en tiempos anteriores, que quiera erigirse en tribuno de la plebe [...] que tiemble”.¹²⁶ Encontraría una solución a ello en la política del Partido del Orden, que se afianzó en el poder tras los acontecimientos de octubre.

4. CONCLUSIONES

La negativa de los soldados cívicos –mayoritariamente plebeyos– a terminar con la ocupación armada de la Plaza de la Victoria, llevada a cabo por ellos el 5 de octubre de 1820, fue un símbolo: los miembros de la plebe, empecinados dueños transitorios del espacio político de Buenos Aires por excelencia, explicitaban el importante lugar

¹²³ “Carta de José María Roxas...”, ob. cit. Véase también la nota 104.

¹²⁴ AGN, X, 29 10 6, SM - Conspiración del 1º de octubre de 1820.

¹²⁵ El capitán Genaro Salomón y el tambor mayor licenciado Felipe Gutiérrez fueron “sentenciados a muerte por el gravísimo delito de principales fautores, y cooperadores en el tumulto”, en: GBA, ob. cit., tomo VI, p. 278.

¹²⁶ Prospecto sin fecha cit. en F. Herrero, “Una revolución federal en Buenos Aires: octubre de 1820”, ob. cit., p. 36.

que la Revolución, los enfrentamientos facciosos y la movilización militar les dieron dentro de la política porteña de la década de 1810. Antes de Mayo era impensable una situación semejante en la pequeña capital virreinal. El nuevo escenario creado por la Revolución había dado lugar a un nuevo actor junto a los que lo ocuparon desde el principio.

El comienzo de la Revolución y la guerra que le siguió generaron una politización que abarcó a toda la sociedad y no sólo a la elite y los sectores medios; se dio en los ámbitos de sociabilidad popular, como pulperías y plazas, y no alcanzó solamente a los plebeyos que formaron parte de los cuerpos militares o de episodios facciosos, sino también a algunos que no lo hicieron, como varios esclavos y mujeres.

Ahora bien, no todas las prácticas políticas de integrantes de la plebe tuvieron el mismo sentido. La presencia en las fiestas y ceremonias organizadas por las autoridades se convirtió en un canal de cooptación por parte de la elite que llevó adelante el proceso revolucionario, asegurando la adhesión masiva de la sociedad porteña a la nueva situación política, pero ese hecho no transformaba a la plebe en un "actor". Esto provino de otros dos elementos: la convocatoria por parte de la elite para dirimir sus conflictos internos y los efectos de la guerra. En el primer caso, iniciado con la apelación, en abril de 1811, a miembros de la plebe suburbana por parte de una de las facciones en las que se había dividido el grupo revolucionario para desplazar del gobierno a la otra, la causa fue la imposibilidad de "desempatar" los enfrentamientos empleando los medios institucionales propios del orden colonial —en un momento de gran precariedad de la legitimidad—. El éxito del recurso a los sectores subalternos nacido de la coyuntura aseguró su continuidad, propiciando la participación de miembros de la plebe en la nueva escena política como un factor de poder, subordinado pero por momentos fundamental. Ahora bien, esa primera movilización de 1811, aunque dirigida "desde arriba", debió acudir a un argumento que fuera popular entre los plebeyos —la expulsión de los españoles peninsulares— para concretarse. Y, a partir de entonces, en todas las intervenciones de miembros de la plebe hubo una racionalidad de su parte para actuar: la percepción de una paga, el deseo de expulsión de un gobernante impopular, la obediencia al Cabildo en tanto autoridad legítima, la protesta por un derecho ultrajado, el sostén de oficiales carismáticos y propulsores de políticas agresivas.

En cuanto a la guerra, en la milicia cívica que reemplazó a la aparecida tras los ataques británicos, y en el ejército que se creó, basado en ésta, integrantes de la plebe trabaron relaciones inexistentes en la sociedad colonial, generando nuevas identidades y solidaridades. De ahí surgieron los motines autónomos que jalonaron la década y forjaron un ejercicio de movilización que, aunque ajeno a motivos políticos directos, excluía la intervención de la elite y se convirtió en una práctica. La combinación de ambas prácticas en 1820, con la realización de un motín autónomo dentro de un episodio faccioso iniciado por la elite, consolidó a la plebe como un actor político in-

soslayable de la política porteña,¹²⁷ y la preocupación generada con ello en la elite desembocó en una violenta represión.

La participación política de la plebe se gestó en el ámbito de las jerarquías de la sociedad colonial: en abril de 1811 fueron los alcaldes de barrio, notables de cada cuartel, dependientes del Cabildo, los que condujeron a unos moderados plebeyos suburbanos a presentar el petitorio. Pero luego las nuevas prácticas se formaron a través de lazos igualmente novedosos, que provenían de nuevas situaciones y no de relaciones sociales preexistentes: fue el caso de los contactos entre plebeyos en la milicia y el ejército y de la influencia de oficiales carismáticos que no contaban con clientelas antes de la Revolución. Estas relaciones que posibilitaron la movilización de los sectores subalternos, emergidas de la flamante vida política, encontraron su referente legítimo en una de las instituciones más antiguas de la ciudad, el Cabildo. Es decir que el nuevo actor de un escenario político a su vez novedoso ingresó en éste por medio de una serie de lazos en buena parte también inéditos, pero articulándose al mismo tiempo a través de una legitimidad tradicional.

Terminada la década de 1810 tuvieron lugar varios cambios decisivos: la creación de un régimen representativo de alcance provincial y no solamente urbano, la supresión del Cabildo de Buenos Aires, la desmovilización de gran parte del ejército y la milicia al concluir los conflictos, la aparición de un nuevo consenso entre la elite. Todo esto modificó las prácticas plebeyas de la década pero no las eliminó; la década de 1820 aparecerían otras. La participación de la plebe urbana se transformó en un elemento constitutivo de la política porteña en los comienzos del período independiente.

¹²⁷ Es preciso recordar que no se trataba de toda la plebe sino de los integrantes de ella que se movilizaban. No es posible saber qué ocurría con el resto a este respecto.

RESUMEN

Con la Revolución de Mayo de 1810 surgió una inédita vida política en la ciudad de Buenos Aires. En ella intervinieron diversos miembros de la plebe urbana, un grupo sumamente heterogéneo que ocupaba el escalón más bajo en la estratificación social de la ciudad. Este artículo delinea las diversas formas de participación plebeya: su presencia en las fiestas revolucionarias, su movilización por parte de integrantes de la elite para dirimir conflictos dentro de ésta, su vinculación con el Cabildo, la aparición de motines militares dirigidos por plebeyos. Mediante estos canales la participación de la plebe urbana se transformó en un elemento constitutivo de la política porteña en los comienzos del período independiente.

The May Revolution of 1810 gave birth to a new political life in the city of Buenos Aires, in which different members of the urban plebe took part. The plebe was a highly heterogeneous group that occupied the lowest step in the social stratification of the city. This article outlines the diverse aspects of that plebeian participation: its presence in the revolutionary celebrations, its mobilization by members of the elite to adjust conflicts inside it, its relationship with the Cabildo, the appearance of military mutinies led by plebeians. Through these ways the participation of the urban plebe became a constitutive element of the Buenos Aires' politics in the beginnings of the independent period.

Palabras clave: Plebe urbana, Revolución, Participación política, Conflictos intraelite, Cabildo, Motines militares.

